



Universidad de Valladolid

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Grado en Filosofía

Trabajo de Fin de Grado

**Las Falacias en el
Pensamiento Crítico**

Manuel González-Arroyo Cano

Tutor: Juan Barba Escriba

Junio de 2022

RESUMEN

El estudio de las falacias apenas se ha centrado en qué utilidad pueden llegar a tener. Incluso después de la revisión que hace Hamblin a esta disciplina, la teoría de falacias moderna sigue sin haber llegado a ninguna clase de acuerdo sobre cómo se deben tratar estos fallos argumentativos. Argumentamos en este trabajo que la falta de coherencia teórica se debe a que las falacias son principalmente una herramienta práctica y la falta de escritos sobre cómo deberían ser éstas aplicadas debe corregirse. Esta utilidad práctica la enmarcamos dentro del contexto del pensamiento crítico, haciendo de las falacias no solo una habilidad útil a la hora de argumentar y razonar, sino también importante para la vida democrática.

PALABRAS CLAVE

Falacias, Pensamiento Crítico, Dialéctica.

A mi Padre por entenderme

A mi Madre por apoyarme

*A Eva, Elvira, Jaime, Moro, Miguel
y el resto de mis compañeros de estudio por tomarse cafés conmigo*

A Juan y a Maria Cristina por ayudarme

A Beatriz por todo

Índice

<u>Introducción</u>	página 5
<u>Capítulo 1</u>	página 7
<u>1.1 La supuesta falacia</u>	página 7
<u>1.2 Buena argumentación y Lógica Informal</u>	página 9
<u>1.3 Pensamiento Crítico</u>	página 14
<u>Capítulo 2</u>	página 21
<u>2.1 ¿Qué es una Falacia? De Aristóteles a Hamblin</u>	página 21
<u>2.2 Los Problemas teóricos de las Falacias</u>	página 28
<u>2.3 Lista de problemas prácticos de las falacias en el pensamiento crítico</u>	página 35
<u>Capítulo 3</u>	página 38
<u>3.1 La propuesta teórica de John Woods</u>	página 38
<u>3.2 La Teoría multi-lógica aplicada al Pensamiento Crítico</u>	página 40
<u>3.3 Discusión sobre las Etiquetas de las Falacias</u>	página 42
<u>3.4 De Conocimiento Teórico a Conocimiento Práctico</u>	página 45
<u>Conclusión</u>	página 53

Introducción

Las falacias son errores, en muchas ocasiones, complejos. A pesar de que su estudio se trate de una disciplina tan antigua como la lógica, nunca ha alcanzado un consenso académico y se ha relegado a simples libros de texto. Por un lado, esto ha llevado a los teóricos a intentar sistematizar las falacias lo máximo posible para que alcancen por fin respeto académico. Por el otro, las falacias recogidas en los libros de texto despertaban la curiosidad de los estudiantes y estos asumían de ellas unas capacidades que quizás no tenían. En parte esta asunción se debe a que se daban de forma mínima llevando a los estudiantes a malinterpretar en qué consistían estas falacias. Pero también, el estudio de las falacias, tan obsesionado con sistematizar su teoría a los niveles de otras disciplinas, ha olvidado frecuentemente preguntarse para qué se supone que sirve esta taxonomía. Lo cierto es que no es una cuestión tan fácil como parece a simple vista.

El objetivo de este trabajo es buscar ese uso de las falacias, desde un punto objetivo de cómo se *pueden* usar, pero también, y más importante, desde un punto de vista enmarcado en el pensamiento crítico de cómo se *deberían* usar.

El primer capítulo parte de una concepción antigua, pero también inmensamente generalizada de las falacias comúnmente conocida como el tratamiento estándar. Expresamos cómo este tratamiento ha extendido un uso de las falacias más perjudicial que beneficioso y con esto empezamos a ver que el cómo se pueden usar las falacias no es lo mismo que el cómo se deben usar.

Hay dos argumentos paralelos que estamos intentando formular a partir de esto. Necesitamos un contexto ético/político que nos permita juzgar el uso práctico de las falacias y eso lo encontramos en el pensamiento crítico. Con esto podemos decir que los usos no perjudiciales de las falacias son usos de identificación y evaluación, pero estos tienen dos problemas, uno teórico y otro práctico.

El problema teórico se basa en que las falacias nos ayudan a identificar y evaluar malos argumentos, pero para ello hará falta una base de qué es un buen argumento. Sin embargo, al echar un vistazo a la teoría de la argumentación nos encontramos con que los buenos argumentos son un popurrí de diversos factores que muy difícilmente pueden ser condensados en un solo sistema.

El práctico reside sencillamente en que no tenemos pruebas de que el estudio de las falacias verdaderamente sirva para estos usos beneficiosos que suponemos que tienen. No hay forma de resolver este problema, pero argumentaremos a lo largo del trabajo que quizás esta falta de evidencia empírica se deba a que en ningún momento ha habido un interés en enseñar los usos de las falacias de forma directa y este problema nunca se ha tratado correctamente.

Con las problemáticas establecidas en el primer capítulo, en el segundo se pretenden asentar las bases de la forma más sistemática posible. Primero nos preguntamos qué es verdaderamente una falacia partiendo desde sus orígenes hasta las diferentes respuestas que dan a esta pregunta las teorías modernas. Esto es, a su vez, una continuación de la problemática teórica del primer capítulo. Las falacias son problemas, y a veces son problemas que vemos a simple vista, pero no hay una sola forma de hacer un buen argumento y, por tanto, uno puede entender las falacias como problemas dialécticos, lógicos o epistémicos. Existe una incoherencia teórica dentro de las falacias que es muy difícil de solucionar, y quizás esto se deba a que se tratan de errores que vemos claramente en la práctica, mucho antes de haber sido sistematizados. Volvemos, entonces, a los problemas prácticos, dando una lista de estos, muchos derivados de lo visto en la parte teórica, basándonos sobre todo en el artículo de David Hitchcock sobre las falacias en el pensamiento crítico.

El último capítulo intenta encontrar un marco mínimamente teórico sobre el que trabajar, dando una respuesta a qué son las falacias, no por ser la respuesta que más coherencia tiene, sino por ser la más útil desde un punto de vista práctico. Este marco teórico que nos proporciona John Woods parte de la situación práctica de ver falacias en el razonamiento o la argumentación y luego las evalúa teóricamente. Argumentamos que identificar los problemas y luego analizarlos con herramientas teóricas es más similar a cómo actuamos en la práctica, pero que el estudio de las falacias puede ayudarnos en esa primera parte. Con esto, intentaremos responder a los problemas planteados en los capítulos anteriores y dar una explicación de por qué, en última instancia, es más útil el componente práctico de las falacias que su interés teórico. Terminamos con un intento de determinar qué habilidades que podrían ser desarrolladas por el estudio de las falacias son útiles en el pensamiento crítico y cómo éstas se deberían plantear.

Capítulo 1

1.1 La supuesta falacia

Comúnmente la definición de una falacia en los diccionarios suele ser un “Engaño, fraude o mentira.” (REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, 2022), sin embargo, académicamente y sobre todo en la lengua inglesa, solemos referirnos a las falacias como “argumentos que parecen válidos, pero no lo son” (Hamblin, 1970 [2004]), conocida como la definición estándar o SDF. En Castellano también están en uso las palabras ‘Sofisma’ y ‘Paralogismo’ de origen griego, pero que en general hacen referencia a lo mismo.

La definición dada es sencilla, pero en general el estudio de las falacias suele empezar, no por la definición, sino por los ejemplos de las falacias y sus etiquetas. Es fácil encontrar a gente que conozca algunos ejemplos de tipos de falacias, pero no sepa la definición. Muchos nombres son ya comunes en la cultura popular ‘*Ad Hominem*’, ‘*Ad Ignorantiam*’, ‘Falacia de Equivocación’, ‘Argumento circular’ —En inglés conocida como ‘*Begging the Question*’— ... Una persona estará expuesta a estos términos antes de entender siquiera qué es lo que es una falacia.

De la misma forma en la que la gente aprende antes los ejemplos que la definición, la definición estándar es posterior a los ejemplos y a su taxonomía. Muchos de los ejemplos son originarios de Aristóteles, quien para estos ejemplos y taxonomía dio una definición que trataremos más tarde. Con el paso del tiempo, según más autores entraban en el tema, el número de tipos de falacias existentes aumentaba y la primera definición de Aristóteles ya no era cierta para todos los casos. Al final, la definición actual es un intento de dar sentido y contener toda la extensión de las falacias. Dicho de otro modo, todos los académicos posteriores a Aristóteles han tenido que enfrentarse a las falacias como algo con referencia, pero no necesariamente con sentido.

Existe un cierto valor supuesto del estudio de las falacias. Cuando somos expuestos a estos primeros ejemplos de tipos de falacias asumimos de ellos un uso mucho

mayor del que en realidad pueden llegar a tener. Se trata de un sistema antiguo y con una taxonomía clara y sencilla. Una vez se ha aprendido lo que es la ‘falacia del hombre de paja’ se empieza a ver por todos lados y es fácil acusar a argumentos del contrario de cometerla.

Este uso de las falacias, que pretenden acabar con el argumento del contrario de forma definitiva, parece generalmente extendido. Al fin y al cabo, no sólo se acusa al argumento de ser una falacia, sino que incluso se puede ser capaz de identificar de qué tipo se trata. Al señalar un argumento de la posición contraria como una falacia parece implícito el pensamiento de “Tengo razón porque yo conozco teoría argumentativa y tú no”. En cierta medida, este uso de las falacias es en sí mismo una falacia de autoridad. Una autoridad concedida por el aura de academicismo que impregna la tipología de las falacias.

Parece que hay un problema en la enseñanza de las falacias. El libro *Fallacies* de Hamblin (Hamblin, 1970 [2004]) empezaba precisamente como una crítica a este tipo de tratamiento de las falacias por parte de los libros de texto y fue escrito hace más de cincuenta años. Lo peor de todo es que esta enseñanza puede llegar a perjudicar la capacidad de las personas de mantener discusiones formales y cooperativas, sobreponiendo el *ganar* una discusión a buscar un acuerdo racional.

¿Por qué entonces se enseñan las falacias en los institutos? ¿Son acaso un elemento fundamental para alguna otra disciplina?

Lo cierto es que existen muchos motivos para estudiar las falacias como objeto teórico. Aunque sea tan solo por su importancia histórica y su continua reaparición en las discusiones académicas está claro que hay alguna parte de las falacias que merece nuestra atención. Esto es a lo que aludía Hamblin cuando él mismo resucitó el tema de las falacias en 1970 y bajo ese pretexto puso en duda la validez de los estudios que se habían hecho previamente. Su obra y su crítica abrieron nuevas discusiones sobre la naturaleza y clasificación de las falacias: ¿Podemos incluir la lista de falacias de Aristóteles y los argumentos falaces de Locke en un mismo saco? (Hansen, 2020) (4.1) ¿Deberíamos seguir considerando que las falacias son argumentos que “*parecen* válidos, pero no lo son” o deberíamos olvidarnos de este elemento de apariencia y centrarnos en todas las malas argumentaciones?

Pero todo esto es solo un conocimiento teórico que nos enseña que las falacias son todavía una disciplina confusa en la que los académicos tienen que llegar a muchos acuerdos para dar su trabajo por concluido y explicar el porqué de su persistente historia, es decir, explicar la importancia de las falacias. Pero mientras no tengamos esa respuesta, este conocimiento teórico no se transfiere a un conocimiento práctico. El valor de las falacias como una herramienta útil es solo uno que podemos suponer que tienen, pero no afirmar. Y alejándonos del uso contencioso que uno le puede dar inicialmente, el supuesto valor de la falacia es el de una herramienta para analizar y evaluar argumentos.

1.2 Buena argumentación y Lógica Informal

Una de las principales críticas a las falacias es que su función como herramienta de evaluación de los argumentos lleva a una actitud puramente crítica que verá errores en todo en vez de juzgar los buenos argumentos como son. Esto se debe a que las falacias como tal son ejemplos de malos argumentos. Hitchcock (Hitchcock, *Do the Fallacies Have a Place in the teaching of Reasoning Skills or Critical Thinking*, 1995) escribe que enseñar pensamiento a través de las falacias es: “*like saying that the best way to teach somebody to play tennis without making the common mistakes is to demonstrate these faults in action and get him to label and respond to them*” (p.324).

Esta crítica la trataremos más tarde una vez se hayan sentado las bases de lo que queremos decir. Por el momento centrémonos en los buenos argumentos.

La lógica informal se propone como una reacción a la falta de capacidad de la lógica formal de hacer frente a argumentos que ocurren en la vida real. (Groarke, 2021) (1.1) La lógica formal mantenía —y sigue manteniendo— desde tiempos de Aristóteles ciertas características como que la unidad lógica fundamental son las proposiciones y su propiedad es la de verdad o falsedad (Hamblin, 1970 [2004])(p209). Este tipo de cosas hacen que el lenguaje que se utiliza para los ejemplos lógicos sea un lenguaje exclusivo para ellos. El interés de la lógica informal era el de proveer “*a complete theory of reasoning that goes beyond formal deductive and inductive logic*” (Johnson, 1996 [2014])(p.11).

Es importante mencionar que este objetivo de poder explicar el razonamiento había sido desde siempre, como podemos ver con obras desde la *Retórica* de Aristóteles o la *Port Royal Logic* de Arnauld y Nicole, el objetivo de la lógica como tal. Así, la lógica

informal aparece como un movimiento que pretende alejarse del camino que había tomado la lógica por su falta de acuerdo con su objetivo.

En la formación de la lógica informal hubo dos principales aproximaciones. Aquellas que buscaban un punto intermedio entre la lógica formal y la informal y aquellas que se alejaban completamente de la lógica formal. Entre estas últimas se encuentran la corriente pragma-dialéctica y el libro *Fallacies* de Hamblin de los que hablaremos más tarde.

La lógica forma uno de los pilares del estudio de la argumentación actual junto con la retórica y la dialéctica.

Logic understands an argument as an attempt to justify a conclusion, emphasizing its probative or epistemic merit. Rhetoric treats an argument as an attempt to persuade, emphasizing its persuasive force. Dialectics understands an argument as an element of an exchange between interlocutors with opposing points of view, emphasizing its place in an interaction between arguers who argue back and forth. (Groarke, 2021) (1.2)

Ciñéndonos a la ya citada frase de Hitchcock en la que compara las falacias con los errores del tenis, no podemos decir que la retórica busque buenos argumentos en el mismo sentido que hemos tachado las falacias como malos argumentos. En la retórica se buscan argumentos persuasivos y en muchas ocasiones las falacias son extremadamente persuasivas. Dicho esto, ya Aristóteles, como nos muestra Hamblin, apuntaba hacia el hecho de que la persuasión y la lógica deberían ir de la mano y por eso ve mucho valor en el estudio de la retórica.

[...] because things that are true and things that are just have a natural tendency to prevail over their opposites, so that if the decisions of judges are not what they ought to be, the defeat must be due to the speaker themselves, and they must be blamed accordingly. (Hamblin, 1970 [2004]) (2º capítulo)

Lo que explica aquí Aristóteles es que la verdad se impone de forma lógica sobre la falsedad y si algo es persuasivo a pesar de ser falso no se debe a un problema en el argumento si no en las personas que son persuadidas por éste. Aunque esta postura es extremadamente optimista para nuestros tiempos se puede extrapolar a un estrechamiento entre retórica y lógica más humilde. Argumentos como las falacias son persuasivos tan solo para aquel que no sea capaz de identificarlas como tal. En ese sentido el estudio de los buenos argumentos a través de la lógica tiene impacto en la retórica.

En cualquier caso, el paralelismo que hay entre los argumentos buenos de la lógica y la retórica nos pone en la pista de lo que son los buenos argumentos, pero la posición de Aristóteles sufre el problema de basarse en una verdad que rige la calidad de los argumentos ajena a nosotros mismos. Una verdad en última instancia inalcanzable que nos limita a hacer suposiciones sobre la verdad y la falsedad de las premisas y proposiciones.

En vez de reducir las aspiraciones de la lógica a la validez de un argumento como hace la lógica informal, la dialéctica pone el foco en el valor inherente a una discusión enfrentada entre dos posiciones opuestas. Un buen argumento en la dialéctica no lo es ni por su validez ni por su persuasión, sino por el cumplimiento de unas reglas que favorecen un diálogo cooperativo, en el que prima la búsqueda de la verdad y encontrar un acuerdo en la síntesis de posiciones por encima de sobreponer una posición a otra.

Los Pragma-dialécticos consideran que las falacias son fallas de las reglas que deberían regir un diálogo. De esta forma, aunque las falacias puedan ser persuasivas, su falta de claridad, su insuficiente carga inferencial o sus exageradas suposiciones, siempre implican un incumplimiento de alguna u otra regla y, por tanto, no son admitidas como un buen argumento. Nos encontramos entonces con que los buenos argumentos son aquellos que son capaces de no incumplir ninguna regla.

El problema a simple vista es que esto supone que muchos argumentos bien intencionados y generalmente aceptados, también incumplen el criterio de buen argumento de la dialéctica, dado que no se dan en una situación de discusión formal perfecta. Por ejemplo, si no se han dado inicialmente definiciones de los términos importantes para un argumento, incluso aunque todos los participantes del debate acepten las premisas como ciertas y en ningún momento se abuse de la posible confusión, se estarían incumpliendo ciertas reglas y por tanto el argumento no sería correcto. Deberíamos aceptar que muy pocos debates empiezan llegando a un acuerdo de las definiciones que se van a utilizar y en muchas ocasiones nos encontramos con personas cuyo objetivo no es entablar un diálogo cooperativo en busca de poner a prueba sus hipótesis.

Es por esto por lo que la lógica informal tiene un criterio diferente a la hora de evaluar los buenos argumentos. Ahora bien, dentro de la lógica informal existen

diferentes sistemas que difieren en *qué* criterio evaluativo es necesario para determinar si un argumento es bueno o malo, pero si hay algo que no varía es el concepto de argumento.

Para todas las lógicas, un argumento es un intento de resolver disputas, o disputas potenciales, aportando razones para creer el punto de vista que se propone. (Groarke, 2021) (2.1) Según Hitchcock “*an argument is ‘a claim-reason complex’ consisting of (1) premises, (2) a conclusion, and (3) an inference from the premises to the conclusion (and the implied claim that the conclusion is true, likely true, plausible or should in some other way be accepted).*” (Hitchcock, *Informal logic and the concept of argument*, 2007)

El cambio que se produce en la definición del argumento dentro de los sistemas de lógica informal viene de intentos de añadir otras variables a esta definición.

This can be done by understanding an argument as a premise-conclusion complex which is directed at an audience, or backed by a warrant, or provided as an answer to an opponent who has an opposing point of view. When they expand the definition of argument in these ways, systems of informal logic make an audience, warrant, and/or dialectical context an essential element of a case of argument. (Groarke, 2021) (2.1)

Pero los sistemas de Lógica Informal varían más en el cómo evaluar los argumentos que en el cómo definirlos. Se entiende que en la lógica informal los dos criterios de evaluación más comúnmente utilizados son la aceptabilidad de las premisas y la validez de la inferencia. Uno podría pensar que la aceptabilidad de las premisas empieza y acaba en si las premisas son o no aceptadas por las personas presentes en el debate (si es que la argumentación se está dando en un debate) pero lo cierto es que a lo que nos referimos cuando hablamos de una premisa aceptable es sencillamente que sea probablemente verdadera. “*Within informal arguments, premises may be acceptable in a variety of ways. In many circumstances, they are acceptable if they are likely true and unacceptable if likely false*” (Groarke, 2021) (4.1)

En el caso de la validez inferencial, originalmente solo se trataba la validez como la validez deductiva dada en la lógica formal. Sin embargo, se ha producido una ampliación aceptando más formas en las que las premisas pueden conllevar conclusiones. Principalmente esta ampliación se ha dado con las inducciones que han pasado a ser igual de importantes que las deducciones. En muchos casos las argumentaciones no aspiran a dar con una validez deductiva perfecta, sino a acumular la cantidad de argumentos a favor

de una posición frente a otra —argumentos conductivos— o se limitan a argumentar a favor de la “mejor explicación posible” —argumentos abductivos—.

Otra forma de este criterio evaluativo de los argumentos de aceptabilidad y validez se da con las aportaciones de Johnson y Blair (1977, 1994) que populariza el sistema A, R, S —Aceptabilidad, Relevancia y Suficiencia—, estos tres criterios aplicados a las premisas e inferencias que se proponen consiguen un criterio bastante bien definido y delimitado de lo que son buenos argumentos.

Existen otros criterios de evaluación dentro de los diferentes sistemas de lógica informal, pero notablemente, otro de los más populares es la propia teoría de falacias. Creo que esto pone de manifiesto los muchos problemas de la teoría de falacias, especialmente usada como base de la lógica informal. Este criterio evaluativo establece que un argumento es bueno cuando no es una falacia. Desafortunadamente no solo no tenemos una definición clara de qué es una falacia, sino que en muchos casos es mejor hablar de argumentos falaces que de falacias. Por ejemplo, el caso de ‘*Ad Vercundiam*’, la ya mencionada ‘falacia de autoridad’, no supone que cualquier argumento que apele a una autoridad sea una falacia, sino que hay que tener en cuenta como de relevante es la autoridad con respecto a la cuestión planteada. En este caso el criterio de Relevancia del sistema ARS es mejor criterio que la propia teoría de falacias. Si fuésemos en la otra dirección y aceptásemos que cualquier argumento que puede ser una falacia es inválido, entonces nos encontraríamos con que muchos argumentos generalmente aceptados pasarían a ser inválidos. Si este es el caso deberíamos preguntarnos si la teoría de falacias está acorde con el objetivo de la lógica informal de acercarse a la argumentación cómo se da en el día a día. ¿De qué nos sirve una teoría que nos dice que todos los argumentos que usamos, y que no parece que vayamos a dejar de usar, son incorrectos?

Con esto no pretendo demostrar que la teoría de falacias es inútil como criterio de evaluación, sino para resaltar que su uso es mejor como auxiliar a otros criterios que como base. Existen muchos casos en los que un pensamiento o argumentación cumple de manera estrepitosa una falacia, y en esos casos resaltar su condición de falacia nos puede ayudar a utilizar otros criterios evaluativos. De la misma forma, los criterios evaluativos de la lógica informal, la retórica y la dialéctica pueden ser vistos como auxiliares el uno del otro. Por esto nos encontramos con que los tres suelen tender hacia una misma idea de lo que es un buen argumento.

Los tres pilares de la teoría de argumentación difieren en sus objetivos, uno busca persuadir, el otro llegar a la verdad a través de enfrentar dos posiciones y el último busca asentar que cada pensamiento individual sea correcto. Y, sin embargo, en la vida real nos encontramos que la gran mayoría de argumentaciones no explicitan con qué objetivo se tiene una discusión y en muchas ocasiones hacen uso de las tres ramas para juzgar un argumento.

Uno podría asumir, como hacía Aristóteles, que un argumento con una fuerza inferencial perfecta, por decirlo de otra manera, el argumento perfecto para la lógica informal sería también muy persuasivo, pero debemos tener en cuenta que la persuasión también depende de otros factores como la facilidad de habla, la compostura, tener empatía hacia el receptor o ser capaz de mostrarte como una figura de autoridad. Algunos de estos cumplen falacias y pueden incumplir las reglas cooperativas de la dialéctica, pero debemos admitir que la persuasión es una parte importante que tenemos en cuenta dentro de la argumentación real en muchas ocasiones.

Pero, sin un objetivo es difícil determinar qué es un buen argumento y qué no lo es. Podríamos decir que un buen argumento dentro de la teoría argumentativa es uno que cumple en su máxima capacidad con los tres pilares ya nombrados y busca tanto ser persuasivo como ser cooperativo, como cumplir con la aceptabilidad y la validez de la lógica informal, pero sin un objetivo claro se dificulta el poder argumentar a favor o en contra de algo dentro de la teoría de argumentación—las falacias en nuestro caso—.

En conclusión, para este trabajo necesitamos otorgarle —temporalmente— un objetivo a la teoría de argumentación y ese lo podemos encontrar en el pensamiento crítico.

1.3 Pensamiento Crítico

El pensamiento crítico es generalmente definido como “*reasonable, reflective thinking that is focused on deciding what to believe or do.*” (Norris, Ennis 1989). A diferencia de lo que uno podría esperar, el pensamiento crítico no es método científico y tampoco es la duda metódica cartesiana. El pensamiento crítico es un objetivo educativo, así fue creado en 1909 por John Dewey con su ‘pensamiento reflectivo’ y así se ha mantenido hasta la actualidad.

Como podemos ver en la definición de Norris, el pensamiento crítico se separa del método científico porque no solo sirve para determinar qué creer. No es una simple herramienta de laboratorio que debemos utilizar en ciertos momentos, es una herramienta de uso cotidiano que nos permite constantemente hacer juicios racionales sobre nuestro comportamiento y acciones.

No por el hecho de que sea constante significa que es un modo de pensar pasivo, todo lo contrario, de hecho. El pensamiento crítico es reflectivo, es un pensamiento activo que juzga los pensamientos pasivos a través de la razón. Es por esto que entre las cosas más importantes del pensamiento crítico nos encontramos las disposiciones necesarias para llevarlo a cabo.

Si echamos un vistazo a la historia del pensamiento crítico veremos que la gran mayoría de las aportaciones y distinciones que se han hecho a lo largo del tiempo tratan dos puntos clave. Por un lado, el término pensamiento crítico da lugar a una malinterpretación del concepto. El pensamiento crítico no es un pensamiento solo crítico y no es un pensamiento que lleve al escepticismo. En última instancia el pensamiento crítico es un pensamiento práctico, y por eso la definición de Norris es tan buena: al decidir qué creer podemos llegar a un punto de vista escéptico, pero al decidir qué hacer no podemos estar en un constante punto de vista crítico y negativo. Varios autores han intentado cambiar el término al pensamiento “crítico-creativo” (Fisher, 2021)(p.22) Con este término se intenta reforzar que este tipo de pensamiento es un método de solución de problemas para el que hace falta un pensamiento creativo, pero estos problemas no siempre se ven a simple vista y para ello hace falta ser crítico.

El segundo punto también se enfoca en que tratamos con un pensamiento práctico. No se trata de ser capaz de criticar racionalmente una idea —aunque esto también sea importante— se trata de hacerlo de forma constante e indiscriminadamente sin por ello caer en el pensamiento negativo o escéptico. Esta distinción la hace Richard Paul llamando a la primera ‘pensamiento crítico débil’ y ‘pensamiento crítico fuerte’ a la segunda (Fisher, 2021) (p.10). El ‘pensamiento crítico fuerte’ se da cuando uno juzga justamente incluso las ideas que no se plantearía de ninguna otra manera, cuando se para activamente a considerar las ideas que refuerzan su visión del mundo con la misma disposición con la que juzga las ideas opuestas a su visión. Por esto muchos otros autores ponen más importancia en el ‘pensador crítico ideal’ por encima del ‘pensamiento crítico ideal’.

Empecemos por preguntarnos por qué queremos buenos pensadores críticos antes de preguntarnos cómo conseguirlos o qué hace falta para serlo.

Podríamos decir que el buen pensamiento crítico se traduce en buen juicio: ser capaces de juzgar personas, situaciones o soluciones a problemas. El beneficio que esto tiene para una persona a nivel individual es innegable a no ser que se confunda con el pensamiento negativo o se tome cómo el único tipo de pensamiento válido. Pero volviendo a John Dewey, para él, considerar el pensamiento crítico como un objetivo educativo no solo tiene beneficios para los individuos, también para alcanzar los ideales de la democracia. Los beneficios del pensamiento crítico bien implementado en las escuelas “would make for individual happiness and the reduction of social waste” (Dewey, 1910)(iii)

La libertad individual es uno de los puntos más característicos e importantes de la democracia moderna. Sin embargo, esta libertad es también uno de los mayores problemas que debe afrontar. Controlar a la población es mucho más difícil en la democracia que en un sistema autoritario. La problemática de cómo alcanzar un buen gobierno a pesar de la libertad individual proporcionada por la democracia se intenta resolver a través de límites, como puede ser la constitución, pero también a través de la confianza en una población capaz de elegir aquello que es mejor para sí misma. Sin embargo, para poder alcanzar esta confianza hace falta una educación cívica que permita a los ciudadanos tomar decisiones informadas sobre su propio bienestar.

Contrario a esto podríamos hablar de una ‘educación productiva’. Este tipo de educación enseñaría a los estudiantes a tener capacidades suficientes como para pertenecer al mercado laboral, o sencillamente a ganar dinero. Para esto no se requiere verdaderamente ninguna clase de cultivación del pensamiento crítico. Los alumnos pueden aprender *cómo* hacer operaciones complejas, pero no por ello aprenden a preguntarse el *por qué*.

Sin embargo, es muy discutible que este sistema sea el mejor para preparar a los alumnos incluso en términos de haceres productivos. El trabajo del investigador John Hattie en *Visible Learning* y *Visible Learning for Teachers* aporta una gran cantidad de evidencia empírica sobre cómo la educación tradicional de pedagogía aburrida y trabajo mecánico y monótono es mucho menos eficaz a la hora de enseñar cualquier clase de

conocimiento o habilidad que una enseñanza centrada en ejercitar la aptitud creativa y crítica del estudiante (Blair & Scriven , Teaching Critical Thinking, 2021) (p.31).

Hattie apunta hacia una educación que trate a los estudiantes con respeto y apuntándolos a ser buenos miembros de la sociedad. “Exige” a los profesores una serie de disposiciones que ponen la gran mayoría de la responsabilidad —por no decir toda— en el profesor y no en los alumnos y que prioriza el aprendizaje a la enseñanza. El objetivo no es haber dado un temario, sino conseguir que los alumnos hagan uso de su pensamiento crítico para ejercitarlo y aprender por sí mismos.

Ser buenos miembros de la sociedad, o “*to be contributing members of a good society*”, para usar las propias palabras de Hattie (VLT, Preface), no supone ser miembros productivos de la sociedad, no solo al menos. Supone también ser miembros activos de la política y ‘libres pensadores’.

Harvey Siegel (Siegel, 1991) propone varios motivos que apoyan la importancia de adoptar el pensamiento crítico como objetivo educativo (Hitchcock, Critical Thinking, 2020) (4). Desde el punto de vista ético, el respeto como individuos que pedimos a la sociedad supone que a los estudiantes se les debe tratar como a seres humanos, explicándoles los motivos del trabajo requerido, reconociendo su capacidad de un juicio razonable y tratándolos con honestidad. Pero también desde el punto de vista práctico, preparar a los estudiantes para ser adultos funcionales y ciudadanos democráticos, así como desarrollar su criterio racional que impulsa sus capacidades de aprender otras disciplinas impulsa en el fondo un bien mayor.

Creo, sin embargo, que no basta con explicar las mejoras que se alcanzarían adoptando el pensamiento crítico como objetivo educativo. Se trata, más bien, de una necesidad fundamental de la democracia. Las campañas de marketing de Edward Bernays, basándose en las teorías de su tío Sigmund Freud, fueron capaces de convencer a la población americana de que el beicon y los huevos eran el verdadero desayuno americano o que el tabaco era un símbolo de liberación femenina entre otras cosas (Curtis, 2002). Tras esto, la psicología de masas se volvió una parte fundamental de las políticas de una empresa, naciendo la sociedad de consumo. La opinión pública es frágil ante ataques deliberados.

Una de las críticas a las que da respuesta Harvey Siegel en su artículo *Educating Reason* es la cuestión del adoctrinamiento, “*cultivation of critical thinking cannot escape*

being a form of indoctrination”. Pienso que es utópico pensar que la democracia está exenta de ejercer adoctrinamiento o propaganda sobre sus ciudadanos, pero a pesar de la mala fama que tienen estas palabras no por ello son opuestas a la libertad individual. Los discursos políticos y las campañas de marketing pueden no caer bajo la definición de adoctrinamiento, pero no por ello son menos inocentes de manipular la opinión pública a su favor. A lo que debe apuntar por tanto la democracia es a formar una propaganda legítima, que sea capaz de dar razones a los individuos de su propia existencia. A la vez, los ciudadanos deben tener una educación que les permita ser capaces de determinar qué propaganda es legítima y cuál no.

En conclusión, queremos buenos pensadores críticos por motivos éticos y de felicidad individual, pero también por su necesidad en una sociedad democrática y por los beneficios educativos que se dan al basarse en el pensamiento crítico como objetivo educativo.

¿Qué es entonces aquello que constituye a un buen pensador crítico? Aunque la gran mayoría de pensadores distingue dos tipos de cualidades, habilidades —*skills, abilities, competencies*— y disposiciones —*dispositions, habits of mind* (Fisher, 2021) (cap 1 p.21)—, me gustaría apuntar también a los conocimientos —*knowledge*— por cómo estos últimos influyen a los otros dos.

Robert H. Ennis ha dado varias listas de las disposiciones y destrezas necesarias para el pensador crítico ideal. Nos fijamos en una:

Critical thinking dispositions

Ideal critical thinkers are disposed to

1. seek and offer clear statements of the thesis or question,
2. seek and offer clear reasons,
3. try to be well informed,
4. use credible sources and observations, and usually mention them,
5. take into account the total situation,
6. keep in mind the basic concern in the context,
7. be alert for alternatives,
8. be open-minded
 - a. seriously consider other points of view,
 - b. withhold judgment when the evidence and reasons are insufficient,

9. take a position and change a position when the evidence and reasons are sufficient,
10. seek as much precision as the situation requires,
11. try to “get it right” to the extent possible or feasible, and
12. employ their critical thinking abilities.

Critical thinking abilities

Ideal critical thinkers have the ability to

1. have a focus and pursue it,
2. analyze arguments,
3. ask and answer clarification questions,
4. understand and use graphs and maths,
5. judge the credibility of a source,
6. observe, and judge observation reports,
7. use their background knowledge, knowledge of the situation, and previously established conclusions,
8. deduce, and judge deductions,
9. make, and judge, inductive inferences and arguments (both enumerative induction and best-explanation reasoning),
10. make, and judge, value judgments,
11. define terms, and judge definitions,
12. handle equivocation appropriately,
13. attribute and judge unstated assumptions,
14. think suppositionally, and
15. deal with fallacy labels.” (Ennis, *Critical Thinking: A Streamlined Conception*, 2015)(Capítulo 1 p.34)

Con estas listas huelga hablar de qué son las disposiciones y habilidades que ya solo con sus nombres hablan por sí mismas.

Muchos de los temas del pensamiento crítico que hemos mencionado se agrupan en las disposiciones. No se trata tan solo de saber usar las habilidades y destrezas del pensamiento crítico (12.), hay que tener en cuenta la situación para no caer en un pensamiento negativo (10, 11) y hay que intentar ser constante y no prejuicioso (3,7,8,9). Además, no solo se trata de un proceso interno de evaluación, también hay que ser activo a la hora de buscar buena información y puntos de vista diferentes y ser capaces de ofrecer el punto de vista propio de forma clara y razonable (1,2).

Con esto podemos ver cuán importante es la argumentación para el pensamiento crítico. También en las habilidades se menciona la importancia de analizar argumentos (2.), y concretamente la última habilidad “15. *deal with fallacy labels*” es la que más nos interesa.

En otra de sus listas Ennis explica las falacias cómo habilidad del pensamiento crítico tal que:

15. Employ appropriate rhetorical strategies in discussion and presentation (oral and written), including employing and reacting to "fallacy" labels in an appropriate manner. Examples of fallacy labels are "circularity," "bandwagon," "post hoc," "equivocation," "non sequitur," and "straw person" (Ennis, The Nature of Critical Thinking: An Outline of Critical Thinking Dispositions, 2011)

Ennis cree que, empleando las falacias de una manera *apropiada*, éstas pueden ser útiles para el pensamiento crítico, aunque ocupen el último puesto en su lista, y aunque no especifica exactamente qué significa reaccionar a ellas de manera apropiada. Sin embargo, su optimismo puede no estar del todo justificado.

John Woods, en su libro *The Death of Argument*, explica claramente cuál es el supuesto valor de las falacias por el que nos preguntábamos al inicio de este capítulo: “*Fallacies damage cognitive performance, (both personally and interpersonally); and fallacy theory gives instruction in how to identify and avert fallacious reasoning and fallacious argument.*” Pero acto seguido añade: “*The reason I have not yet cited this presumed fact is that it is not a fact.*” (Woods, *The Death of Argument, Fallacies in Agent Based Reasoning*, 2004) (cap 1 p.21)

Lo cierto es que no hay evidencia empírica que pruebe que el estudio de las falacias nos ayude a distinguirlas y evitarlas. Woods considera que el verdadero valor de las falacias es sólo teórico y su estudio es *solo* importante por la relación que guardan con las habilidades racionales necesarias para la supervivencia (Woods, *The Death of Argument, Fallacies in Agent Based Reasoning*, 2004)(p12). Sin embargo, debemos hacer una importante distinción. “El estudio de las falacias” es, al menos aquí en España, el estudio de un conocimiento. En parte por el estilo de enseñanza y aprendizaje, y en parte porque los conocimientos que se imparten son incompletos, la forma en la que se estudian las falacias en general no lleva a desarrollar la supuesta habilidad de poder reaccionar a las falacias de la forma apropiada propuesta por Robert H. Ennis.

Capítulo 2

2.1 ¿Qué es una Falacia? De Aristóteles a Hamblin.

Más allá de la supuesta falacia que hemos comentado en el anterior capítulo, dar una explicación de lo que realmente es una falacia es muy difícil. La definición con la que hemos empezado conocida como definición estándar, “argumento que parece válido, pero no lo es” presenta varios problemas. El primero es que tan solo se atiene a una comprensión de la falacia bajo la lógica, dado que hablamos de validez lógica.

El segundo problema de esta definición es que es antigua. A primera vista, muy pocas cosas la separan de la definición original de Aristóteles. Para él los argumentos erísticos —‘falacias’ para simplificar— son los argumentos que “a partir de cosas que parecen plausibles, pero no lo son, prueban o parece que prueban” (*Soph. El.*, 2, 165 b)

En la definición moderna, que podemos ver en Hamblin por ejemplo, nos encontrábamos con tres puntos clave: 1) Una falacia es un *argumento*, 2) que tiene una *falta de validez*, 3) pero que no *parece* tenerla. Llamemos a estas características ‘argumentación’, ‘validez’ y ‘ semejanza’. La definición de Aristóteles tiene las mismas características de ‘argumentación’ y ‘semejanza’, pero la ‘validez’ se cambia, aunque de forma muy mínima. La validez moderna se cambia por plausibilidad de las premisas e inferencias correctas, que viene a ser lo mismo, pero con lenguaje menos específico.

Sin embargo, reducir las falacias de Aristóteles a esa pequeña definición es un tanto incorrecto. Él habla de las falacias, —o paralogismos para ser más exactos— en tres de sus obras: *Refutaciones Sofísticas*, *Primeros Analíticos* y *Retórica*. Su forma de mencionar los paralogismos cambia a lo largo de los tres, pero la gran mayoría de escritos posteriores hacen solo referencia a la primera versión de los paralogismos que se da en *Refutaciones Sofísticas*.

Manteniéndonos dentro de esta obra, muchas de las características de los paralogismos han desaparecido con el tiempo. De hecho, al leer la obra nos damos cuenta instantáneamente de que Aristóteles tiene en mente un tipo de diálogo concreto en el que se desarrollan estos paralogismos. Es un diálogo en el que existe un ‘interrogador’ y un

‘interrogado’ —o ‘preguntador’ y ‘respondedor’ en una traducción más afín al original— y en el que las falacias se cometen durante las ‘refutaciones’ que dan nombre a la obra. Los argumentos deben hacerse por medio de silogismos y hay diversas maneras de “ganar” (*Soph. El. 2, 165b*) (Hamblin, 1970 [2004]) (p.58).

C.L. Hamblin en su libro *Fallacies*, que abrió la puerta a la teoría de falacias modernas, hace un análisis de este supuesto diálogo griego del que hablaba Aristóteles. Según Hamblin, se tratan de diálogos erísticos que son los que “contienen y aspiran a vencer a otro” (*Soph. El., 3, 165b12*) frente a los diálogos didácticos que aspiran a enseñar a otro. Es en estos diálogos donde encontramos los razonamientos erísticos, pero es cuando se usan de manera contenciosa cuando hablamos propiamente de sofismas (Hamblin, 1970 [2004]) (p.62). Existen indicios de que diálogos de este tipo eran públicos y tenían una cierta importancia en la sociedad griega, como la existencia de los propios sofistas. Algunos ganaban dinero enseñando a debatir y reputación a base de debatir ellos mismos. Pero no se puede saber a ciencia cierta que estos debates tuviesen una importancia real o es solo una exageración de Platón. Citando a Hamblin: “No tenemos ninguna descripción detallada de un auténtico debate sofístico. En los diálogos de Platón, el mejor ejemplo del tipo de argumentación en la que estaban pensando él y Aristóteles es el Eutidemo.” (*Ibid* p.63)

Muchos de los ejemplos que pone Aristóteles de los tipos de falacias son de este diálogo platónico en el que dos sofistas, Eutidemo y Dionisodoro, “prueban” muchas cosas absurdas como que es imposible decir una mentira, puesto que una mentira es “lo que no es” y no puede tener existencia. (*ibid* p.65). Hamblin considera que Aristóteles ve en este diálogo una serie de puzzles que resolver, que *Refutaciones Sofísticas* es un intento de explicar por qué los razonamientos sofistas son incorrectos. Como tal, tanto la definición como los ejemplos de Aristóteles están ligados a este diálogo erístico griego.

Esta no es la última vez que las falacias han ido ligadas a un tipo de diálogo concreto. En la edad media existía un “juego de las obligaciones” que de forma similar al debate griego consistía de dos personas, una de las cuales tenía que defender una tesis mientras el otro tenía que criticarla (*ibid* p.137). Dentro de ciertos ámbitos existen falacias específicas a una disciplina, como la falacia economista de Karl Polanyi en Economía, o diferentes tipos de falacias que solo ocurren en el contexto de un juicio.

Lo cierto es que esta ocurrencia en la que las falacias se ligan a diálogos concretos es muy común dado que, en contextos cerrados de diálogo, en los que quedan claro las reglas y objetivos del diálogo e incluso puede haber jueces que dicten esas reglas, es mucho más fácil determinar qué es un argumento falaz y qué no lo es. Además, ciertos tipos de falacias, incluso dentro de aquellas que se remontan a Aristóteles, son mucho más fáciles de entender en un contexto de este tipo. Pongamos el ejemplo de la falacia de las ‘Múltiples Preguntas’; esta falacia es generalmente representada por la pregunta “¿Has dejado de pegar a tu perro?” Si respondes “Sí” se interpreta que antes pegabas a tu perro, mientras que si respondes “no” se interpreta que le sigues pegando. Responder cualquier otra cosa probablemente invalide la falacia.

Es difícil entender que esta falacia sea capaz de persuadir o engañar a nadie, pero debemos tener en cuenta dos cosas.

La primera es un problema base de nuestra definición de falacias que es la característica de ‘semejanza’. El ejemplo que hemos puesto no es un verdadero ejemplo de falacia que se dé en diálogos cotidianos, es un ejemplo falso que funciona más como caricatura de una falacia que como una falacia verdadera. Como hemos dicho, una falacia tiene que *parecer* válida pero no debe ser verdaderamente válida. Esta clase de ejemplos ponen de manifiesto cómo estos argumentos son inválidos, no cómo son capaces de enmascarar esta invalidez. Muchos otros verdaderos ejemplos de la falacia de las ‘Múltiples Preguntas’ no son tan abiertamente contenciosos como este, lo que los hace más similares a argumentos válidos, pero también se hace más difícil explicar por qué son errores argumentativos.

Lo segundo que debemos tener en cuenta es que esta falacia no está pensada para darse en cualquier contexto de diálogo. Esta falacia, y el ejemplo del perro, es una de las que Aristóteles menciona en su lista original de *Refutaciones Sofísticas*, de hecho, si nos fijamos tan solo en nuestra forma moderna de entender los argumentos, la falacia de las dos preguntas no es ni siquiera un argumento, es una simple pregunta, y no podría ser entonces una falacia.

Hamblin explica que una de las características del diálogo griego del que habla Aristóteles era que las preguntas debían de ser claras, concisas y su respuesta debería de ser cerrada. (*Ibid.* p. 69) Entonces, cuando un interrogador hacía la pregunta de “¿Has dejado de pegar a tu perro?”, el interrogado debía de responder de forma directa. ¿Cuál

es entonces el fallo que ocurre en la falacia de las dos preguntas? Uno podría pensar que, a diferencia de lo que dice el propio Aristóteles, esta falacia es un fallo dialéctico, véase, un incumplimiento de las reglas del diálogo. El interrogador ha hecho una pregunta que no es clara y por tanto está cometiendo una falacia, forzando al interrogado a incumplir otra regla —la de responder de forma directa— si quiere salir de su aprieto.

Hay una diferencia, sin embargo, entre argumentar que esta falacia se entiende mejor de forma dialéctica a día de hoy y argumentar que Aristóteles estaba entendiendo esta falacia como un incumplimiento de una regla de diálogo. Esta última posición, que parece ser apoyada por Jaakko Hintikka (Hintikka, 1987), es extensamente criticada por John Woods y Hans V. Hansen en *Hintikka on Aristotle's Fallacies*.

Como ellos mismos dicen:

In "The fallacy of fallacies" (1987), Jaakko Hintikka

(a) presents an interrogative theory of reasoning intended to be an improvement on existing logical approaches,

(b) proposes that Aristotle's dialectical theory as found in the Topics and De Sophisticis Elenchis, and more generally in Aristotle's logical works, is in fact a similar interrogative theory, and

(c) argues that the interpretation of Aristotle's fallacies should be in light of such an interrogative theory of reasoning (Woods & Hansen, Hintikka on Aristotle's Fallacies , 1997)

El problema no reside en (a) o (b), Hamblin hace esto mismo en *Fallacies*, el problema está en (c).

Aunque Hamblin fuese muy convincente en su obra a favor de cambiar el modelo de estudio hacia uno dialéctico, eso no quita que la obra Aristotélica está muy lejos de ser una obra de este estilo.

Lo cierto es que *Refutaciones Sofísticas* parece ser más una obra que sentaría las bases para lo que acabaría siendo la Lógica, un sistema completamente absente de un contexto dialéctico y que para Aristóteles es capaz de permitir al hombre llegar a la verdad de forma solitaria.

Para Hamblin las falacias son tan solo un intento de sistematizar el sistema dialéctico que Aristóteles había heredado de Platón, y del cuál este se iría separando poco a poco a lo largo de su vida a favor de una aproximación a la verdad más similar a la lógica.⁰

Sin embargo, Woods y Hansen ponen en evidencia que incluso los paralogismos más cercanos a un sistema dialéctico como son la falacia de las ‘Múltiples Preguntas’ — conocida por Aristóteles como la “refutación basada en la unificación de preguntas”— y la falacia ‘*Begging the Question*’ — conocida como ‘petición de principio’— aunque se beneficien de un análisis dialéctico, no podemos decir que Aristóteles las viese como tal.

Hintikka pone de manifiesto cuán difícil es, a través de nuestra actual concepción de proposiciones y argumentos, hacer un análisis inferencial de la falacia de las ‘Múltiples Preguntas’ — ‘*Many Questions*’ en inglés—. Esta es difícilmente entendible a través de una aproximación epistémica de las falacias. El fallo no resulta de ninguna clase de inferencia inválida, sino de la imposibilidad de dar una respuesta clara a la pregunta sin admitir alguna clase de presuposición. En este sentido, a través de un análisis dialéctico de las falacias podemos, como hace Hintikka, establecer como regla en nuestro diálogo la necesidad de aclarar las presuposiciones antes de realizar una pregunta y atribuir esta falacia al incumplimiento de la regla.

A pesar de esto, Aristóteles sí que entiende este paralogismo como un fallo lógico. Woods y Hansen en su artículo explican:

Aristotle’s view was that the fallacy of many questions occurred because asking more than one question at once results in an answer which is not a “proposition” in his sense. A proposition, says Aristotle, “predicates a single thing of a single thing.” (169a7) Thus, “one must not affirm or deny several things of one thing nor one thing of several things, but [one must only predicate] one thing of one thing.” (ibid.)

Explicándolo más claramente, para Aristóteles este paralogismo ocurre cuando el interrogador confronta al interrogado con una pregunta que encierra en sí más de una pregunta. El interrogado debe responder a esta pregunta con una proposición dado que estas son la base de los silogismos y, a su vez, los silogismos son la herramienta para descubrir la verdad. Sin embargo, dado que la pregunta encierra en sí dos preguntas

diferentes, responder con una sola proposición no es viable dado que una proposición “es una cosa única acerca de otra cosa única” (*Soph. El.*, 6, 169a)

Uno podría estar tentado a establecer como reglas de diálogo la necesidad de hablar en proposiciones y silogismos, pero hay que remarcar que la necesidad del interrogado de hablar en proposiciones viene dada precisamente por esa relación que tiene con los silogismos.

Aunque todavía beba de la metodología platónica, el diálogo en Aristóteles parece ser tan solo un intento de poner a prueba los silogismos del interrogado. Y estos silogismos son, al fin y al cabo, la base de la lógica formal de Aristóteles. El error de las ‘Múltiples preguntas’ no está por tanto en manos del interrogador, sino en la capacidad del interrogado de ceñirse a las reglas de la lógica, no del diálogo.

A través de un proceso similar, Woods y Hansen prueban que la ‘Petición de Principio’ tampoco se creó a través de un sistema dialéctico. Hay que decir que, de los trece paralogismos que establece Aristóteles en *Refutaciones Sofísticas*, ‘Petición de principio’ y ‘Múltiples Preguntas’ son los más dialécticos de todos. (Woods & Hansen, Hintikka on Aristotle's Fallacies , 1997)

Esto nos hace concluir que Aristóteles no sistematizó los paralogismos como un fallo en las reglas de diálogo, sino como fallos en la lógica, porque su lógica estaba inherentemente ligada a los silogismos.

Aunque la definición de las falacias no haya cambiado mucho, podemos ver que su contexto sí lo ha hecho. Los paralogismos de Aristóteles estaban pensados para un diálogo y una lógica diferentes de los que tenemos a día de hoy y, sin embargo, de la lista de trece falacias que Aristóteles presenta en *Refutaciones Sofísticas*, todas ellas siguen considerándose ejemplos paradigmáticos de las falacias —aunque a día de hoy agrupemos algunas de estas falacias bajo el mismo nombre—. Incluso la propia falacia de las ‘Múltiples preguntas’ que Aristóteles no vuelve a mencionar en ninguna de sus obras posteriores —como dice Hamblin, probablemente debido a que Aristóteles se inclina hacia una lógica sistematizada ajena al diálogo—, se sigue manteniendo como una falacia dentro de los libros de texto.

El problema de la referencia de las falacias es acentuado por el resto de su historia. Aunque muchos autores han pasado sin pena ni gloria, con aportaciones a la teoría de

falacias que han dejado de tener importancia hace mucho tiempo, otros muchos han persistido gracias a haber popularizado una nueva falacia, ampliando el ámbito de estudio de estas.

Dentro de estos, el más influyente es sin duda alguna el *Ensayo* de Locke, en el que se mencionan por primera vez el ‘*Ad Hominem*’, el ‘*Ad Ignorantiam*’ y el ‘*Ad Verecundiam*’. Locke no pretendía con estos términos hacer una clasificación de las falacias y ni siquiera es una parte importante del propio *Ensayo*, más bien, un apunte que hace al margen de la argumentación principal. De hecho, ni siquiera estaba juzgando a estos argumentos como buenos o malos, sí que es cierto que los diferencia del ‘*Ad Judicium*’ que es claramente ejemplar de lo que él considera una argumentación perfecta, pero al resto no los condena, sino que oscila entre la aceptación y la desaprobación (Hamblin, 1970 [2004]) (p175).

Pero lo importante es que estos términos poco tardaron en ser pensados como ejemplos de falacias y pasando a ser parte de las listas de falacias esenciales. Junto a esto también hubo otros autores que añadieron sus propios ejemplos de argumentos tipo ‘*Ad*’, como el ‘*Ad Baculum*’ y ‘*Ad Misericordiam*’ y con todo se acabó perdiendo de vista el objetivo original de esta clasificación de argumentos y siendo agrupados junto a las falacias Aristotélicas. La problemática de todo esto es que las falacias aristotélicas y las falacias de Locke no son muy buenas compañeras.

Por poner un ejemplo: la falacia ‘*Ad Verecundiam*’ se entiende mejor como un argumento falaz que como una falacia. La falacia ‘*Ad Verecundiam*’ es, dentro de la teoría de esquemas argumentativos —*Argument schemes*—, un argumento de autoridad. Lo que pretendía decir Locke cuando crea el término ‘*Ad Verecundiam*’ es apuntar a que esta clase de argumentos no son tan buenos como el ‘*Ad Judicium*’, pero hoy en día no entendemos que todos los argumentos de autoridad son falacias. Decimos que son falacias aquellos argumentos donde la figura de renombre que se está citando no es verdaderamente un referente sobre el tema a tratar. Pero no es fácil saber dónde está la línea que decide que alguien es un referente o no sobre un tema. Si alguien dice que “no deberíamos amasar armas nucleares” porque Einstein dijo que esto llevaría a “una destrucción incluso más terrible que la presente destrucción de la vida”, esto podría parecer un argumento válido para algunos dado que Einstein es una eminencia en física nuclear, pero no por ello es un referente en los problemas sociales y políticos que acarrear las armas nucleares. (Groarke, 2021) (4.4)

Aunque esto se pueda decir de la gran mayoría de falacias, las falacias tipo *Ad*, a diferencia de las falacias aristotélicas, no están pensadas originalmente como argumentos necesariamente inválidos y por tanto la línea de “qué es falaz y qué no lo es” es mucho más borrosa. Por el otro lado las falacias como: “*Equivocation*”, “*post hoc ergo propter hoc*”, “*non sequitor*” y “*hasty generalization*” son comúnmente clasificadas como formas de argumentos que son inherentemente fallidos. (Groarke, 2021) (4.2)

Nos encontramos pues que, durante un tiempo, la definición de Aristóteles, ausente de todo su contexto dialéctico y lógico original, tenía que hacerse cargo de este popurrí de falacias que no encajaban las unas con las otras.

Otro de los problemas que podemos ver en la historia de la teoría de falacias, aunque sea solo sintomático, es la cíclica insatisfacción con la teoría en cuestión. Incluso antes de los añadidos de Locke, muchos autores, más que intentar ampliar la teoría de Aristóteles o construir en base a ella, veían oportuno hacer su propia clasificación y criterios de los problemas argumentativos. El anti-aristotélico Ramus (Hamblin, 1970 [2004]) (Cap 4 inicio) criticó extensamente los escritos sobre lógica y argumentación de Aristóteles y aunque su crítica no fuese ‘a prueba de balas’ precisamente, su influencia caló y otros autores mucho más reconocidos que él a día de hoy, entre ellos el propio Locke, tomaron su rechazo a las antiguas teorías y construyeron sus propias teorías.

A pesar de ello, Hamblin prueba que la cíclica insatisfacción también va acompañada de un cíclico interés por el tema. A partir de su libro *Fallacies* se da una vuelta a la forma de pensar la teoría de falacias y empieza la teoría moderna. (Hansen, 2020) (.1)

2.2 Los Problemas teóricos de las Falacias

Ya hemos mencionado exhaustivamente la definición estándar de las falacias, conocida como SDF, y sus características de: ‘Argumento’, ‘Validez’ y ‘Semejanza’. Lo importante de esta definición es que a pesar de ser la definición que se sigue dando a la pregunta de “¿Qué es una falacia?” ninguna teoría moderna mantiene esta definición.

Lo que nos interesa de estas nuevas teorías no es tanto su definición sino los puntos de vista que tienen sobre los problemas de la SDF y cómo los intentan solucionar. La crítica de Hamblin en *Fallacies* es tanto teórica como práctica. Sus problemas con lo que

él llama ‘el tratamiento estándar’ de las falacias, no residen tanto en la definición cómo tal, pero son en parte consecuencias de las limitaciones de la definición.

El primer y mayor problema de la definición es que no todo aquello que entendemos como falacias encajan con esta. Podemos llamar a este el problema de ‘Extensión’. La razón de esto se puede dividir entre las dos primeras características de la SDF, ‘Argumento’ y ‘Validez’.

Ya hemos hablado en el primer capítulo de la validez dentro de la lógica informal, pero si nos limitamos a la validez formal, que solo tiene en cuenta la relación entre las premisas y la conclusión, la SDF es incapaz de probar la invalidez de la gran mayoría de las falacias. En 1981, G. J. Massey argumenta que es imposible demostrar la invalidez de un argumento si no es probando que las premisas son verdaderas y la conclusión falsa. (Massey, 1981). Para él, no existía una teoría de la validez sistemática que no fuese la dada por la lógica formal y en base a ella se llega a un problema de asimetría. El hecho de que un argumento en el lenguaje natural ejemplifique un esquema inválido no significa que ese argumento sea necesariamente inválido. Podría ser válido por otros factores como que también encaje en un esquema argumentativo que sí es válido.

Aunque la crítica de Massey hace muy difícil mantener la SDF desde una postura formal, eso no significa que la postura informal se escape de la crítica. En última instancia la teoría *ARS* de invalidez que se ha popularizado no es sistemática. No existen criterios exactos para determinar que una premisa sea relevante o suficiente e incluso la ‘aceptabilidad’ no acaba en simple acuerdo entre los interlocutores. La teoría de invalidez sistemática que Massey buscaba sigue sin existir.

Aun así, ver la SDF desde el punto de vista de la lógica informal, que flexibiliza el criterio de ‘Validez’ a algo más acorde con el lenguaje natural, sí que amplía la extensión de la definición hacia los tipos de falacias aceptadas comúnmente. Por ejemplo, muchos casos de falacia circular son difícilmente reconocibles desde la lógica formal porque no se puede distinguir una premisa que depende de la conclusión de una premisa que no lo hace, haría falta que la conclusión fuese explícita dentro de las premisas para reconocerlas. Con la lógica informal, muchas de estas premisas son reconocidas como inválidas por incumplir alguno de los criterios sin por ello ser demasiado estrictas.

Las mayores figuras defensoras de esta posición son los ya mencionados Johnson y Blair, que también desarrollaron la teoría *ARS*, cuya postura merece al menos unas

palabras. Por un lado, su definición de las falacias se desprende tanto del criterio de ‘validez’ original, centrándose tan solo en las falacias informales que no cometen invalidez en términos estrictamente formales, como del de ‘ semejanza’, del cual hablaremos más tarde. Otra cosa a tener en cuenta es que la gran mayoría de tipos de falacias son agrupadas bajo incumplimientos de los criterios específicos. Así, en vez de hablar de la ‘falacia circular’ o ‘de ambigüedad’ hablamos de falacias de ‘premisas problemáticas’. Esto no sustituye completamente la taxonomía existente, no cualquier incumplimiento de los criterios es considerado una falacia. El criterio de ‘ semejanza’ ha sido sustituido por uno de ‘frecuencia’, las falacias lo son solo cuando son cometidas frecuentemente, pero esto sí que abre las puertas a nuevos tipos de falacias y a una taxonomía más fácilmente reconocible.

Desde nuestro punto de vista práctico, esta nueva taxonomía tiene el beneficio de explicar claramente cuál es el problema que se está cometiendo, y no solamente mencionar que se trata de un problema argumentativo. Como veremos, esto es algo que comparten el resto de aproximaciones modernas.

Como ya hemos visto en la primera parte de este capítulo, la postura dialéctica encuentra mucho apoyo en la historia y origen de las falacias. Dado que muchos tipos de falacias se benefician de una perspectiva dialéctica para darles sentido —al fin y al cabo, nacieron como tal—, es natural que esta sea la postura que mejor resuelve el problema de la extensión. Esta aproximación no solo flexibiliza el criterio de ‘Validez’ sino también el de ‘Argumento’ dado que, bajo el marco de un diálogo, no importa tanto la forma del lenguaje, la capacidad e intención de convencer a alguien a través de un acto de habla cumplen la misma función sin estar restringidos por su estructura.

Un buen ejemplo —la aproximación dialéctica es muy extendida y tiene diversas posturas— podríamos encontrarlo en Douglas Walton y su postura pragmática. Según él, diferentes tipos de diálogos en función de su objetivo y punto de inicio deberían ser tenidos en cuenta, y cada uno debe tener sus propias reglas que al ser incumplidas causan falacias. En base a esto da una definición de falacia tal que: “*A fallacy is (1) an argument (or at least something that purports to be an argument); (2) that falls short of some standard of correctness; (3) as used in a context of dialogue; (4) but that, for various reasons, has a semblance of correctness about it in context; and (5) poses a serious obstacle to the realization of the goal of a dialogue.*” (Walton, *A Pragmatic Theory of Fallacy Studies in Rhetoric and Communication*, 1995)(255)

Como vemos, la ‘validez’ se ha relajado a algún estándar de corrección. Con esto se refiere en parte a la validez formal, pero también a los principios cooperativos de Grice por los cuales cualquier contribución a una conversación debe ser “*such as is required, at the stage at which it occurs, by the accepted purpose or direction of the talk exchange.*” (Grice, 1975). Así, una falacia lo es cuando va en contra del objetivo principal del diálogo y/o puede suponer un peligro a su realización.

Pero también debemos mencionar que el criterio de ‘Argumento’ se relaja a ser algo que pretenda funcionar como argumento. Como ya hemos dicho, el enmarcar las falacias bajo el contexto de un diálogo —lo cual consigue gracias al punto (3)— permite a los teóricos centrarse en los resultados de un acto de habla independientemente de su estructura. Si funciona como un argumento a ojos del objetivo final del diálogo en cuestión, entonces es un argumento.

Es con la postura Pragmadialéctica donde se pierde por completo el criterio de ‘Argumento’ de la SDF. Esta teoría imaginada por Frans Van Eemeren y Rob Grootendorst estipula una normativa ideal de una ‘*discusión crítica*’ que se compone de cuatro fases: una de confrontación donde los dos partidos se dan cuenta de la diferencia de opiniones, una segunda en la que se aceptan premisas que ambos partidos comparten —probablemente de forma implícita—, una de argumentación y una última en la que se llega a una conclusión con respecto al punto de confrontación. Esta normativa ideal sirve como una guía de reconstrucción de los diálogos naturales —entendemos que cualquier discusión sigue de cierta forma estas fases— y también como un estándar de evaluación.

La diferencia con la postura de Walton reside en que este considera necesario distinguir distintos tipos de diálogos con diferentes objetivos mientras que para los pragmadialécticos solo hay un tipo de diálogo normativo por el que todos los demás deben regirse. Además, en esta teoría cualquier violación de las reglas que rigen el diálogo normativo es considerada una falacia. (Hansen, 2020) (3.6)

Mientras que esta postura es capaz de asimilar cualquier tipo de falacia sin problemas e incluso añadir unas nuevas en función de que regla de la respectiva fase incumpla —y cómo las incumple—, también podría ser criticada por ser demasiado amplia. La falta de un criterio de semblanza o algo que lo sustituya y al no estar regida por un sistema de fuerza argumental como lo hacía la lógica informal —si un acto incumple alguna regla dialéctica se vuelve incorrecto, no hay un argumento más

incorrecto que otro— muchos actos que no aportan nada, pero no son necesariamente perjudiciales para el diálogo, acaban también dentro del saco de las falacias.

La última postura importante que trata el problema de la ‘Extensión’ es la posición Multilógica de John Woods, que no reniega completamente del tratamiento formal de las falacias. Argumenta que cada tipo de falacia del tratamiento estándar es una caricatura de un error en el razonamiento común y, por tanto, debe de ser tratado con su respectivo sistema de lógica. Por ejemplo, los ratones sufren gravemente de la falacia de ‘*post hoc ergo propter hoc*’ —si un suceso B se sigue temporalmente de un suceso A será porque A es causa de B—. Si comen una comida y al día siguiente se ponen malos, asumirán inmediatamente que ha sido culpa de la comida y no volverán a tomar eso nunca bajo ningún concepto (Woods, *The Death of Argument, Fallacies in Agent Based Reasoning*, 2004). Aunque probablemente esta forma de pensar conlleve muchos problemas, claramente si la han desarrollado será porque supone una ventaja evolutiva, una capacidad de razonamiento inductivo simple, pero beneficiosa. Nosotros tenemos una lógica inductiva más fuerte que nos permite darnos cuenta de nuestro error, pero no por ello somos inmunes a cometerlo. Woods argumenta pues que esta falacia debe ser investigada bajo un sistema de lógica inductiva mientras que otras como la ‘falacia circular’ o la ‘falacia de las múltiples preguntas’ deben ser analizadas bajo teoría de juegos dialécticos, dado que ese sistema está mejor armado para ello (Hansen, 2020) (3.4).

Podríamos definir las falacias bajo esta teoría como errores de razonamiento cometidos frecuentemente.

Al igual que en la postura de lógica informal, la postura multilógica sustituye el criterio de ‘semejanza’ por uno de ‘frecuencia’. Según Johnson, la ‘semejanza’ es un criterio demasiado subjetivo lo que supone que lo que para una persona es una falacia porque tiene cierto parecido a un argumento válido, no tiene por qué serlo para otra persona. (Ibid 3.3) Podríamos llamar a este segundo problema dentro de la SDF como el problema de la ‘Subjetividad’. Lo importante a tener en cuenta del problema es que, haciendo uso de esta subjetividad, muchos críticos de la teoría de falacias apuntan a que no hay suficientes datos empíricos para probar que las falacias son algo ocurrente en la vida real o siquiera suceden.

David Hitchcock presenta esta posición basándose en la ya mencionada crítica de Massey y en las dudas que alza Finocchiaro (Finocchiaro, 1981). Este último considera

que errores en el razonamiento que podrían ser considerados falacias sí que ocurren de forma común, pero eso no supone que podamos agrupar estos errores bajo categorías como tipos de argumentos lógicamente incorrectos, los cuáles no cree que sean muy comunes. Hitchcock por su parte cree que, aunque estos tipos de argumentos lógicamente incorrectos puedan existir, ni hay suficiente evidencia para probarlo, ni las críticas hacia la postura de Finocchiaro son lo suficientemente sólidas como para cerrar por completo sus dudas.

El problema de la ‘subjetividad’ yace mayoritariamente en los ejemplos de los tipos de falacias. Cuando hemos explicado la falacia de las ‘múltiples preguntas’, hemos mencionado que su ejemplo paradigmático es la pregunta “¿Has dejado de pegar a tu perro?” y que este ejemplo es más una caricatura de la falacia que algo que se pregunte realmente. Así son también algunos de los ejemplos de Aristóteles cuyo valor yace más en cómo de obviamente erróneos son, sin por ello ser obvia la naturaleza del error. Se resalta la invalidez del argumento relegando la semblanza de validez a un segundo plano.

¿Por qué entonces no hacer lo contrario? Porque si la invalidez de un ejemplo no está resaltada entonces podemos llegar a discusiones sobre si algo es verdaderamente un error o no lo es. ¿Es esa premisa verdaderamente la misma que la conclusión, haciendo de este un argumento circular, o son diferentes? ¿Verdaderamente que alguien sea rico no es suficiente como para considerarlo como una figura de autoridad en economía? ¿Sugerir que alguien va a ser pobre e infeliz si no estudia una carrera es una falacia de ‘*Slippery Slope*’ —‘pendiente resbaladiza’ si lo traducimos directamente del español— o es un consejo legítimo?

A pesar de la crítica de Finocchiaro, éste no reniega por completo de las falacias, cree sin embargo que el concepto de falacia cómo tal debería ser sustituido por el de argumentos falaces. Como ya hemos dicho, hay ciertos tipos de falacias que se benefician de este trato, pero no así todas. Las falacias lógicas, como la ‘*anfibiología*’ o las falacias de ‘composición’ y ‘división’, a diferencia de las falacias ‘*Ad*’, no son una cuestión gradual. O utilizas la ambigüedad sintáctica del argumento a tu favor o no lo haces. Sin embargo, para ser justos, el interés sobre este tipo de falacias está casi completamente perdido en la actualidad —entiendo que por su baja capacidad de realmente convencer a alguien con ellas— y si tenemos en cuenta la crítica de George Massey, no hay forma de probar la invalidez de estos tipos de argumentos.

En cualquier caso, Finocchiaro tampoco acepta los tipos de falacias informales. Acepta que exista una característica de “falacidad” —“*fallaciousness*”— que tienen ciertos argumentos al ser erróneos, pero no así que haya categorías de argumentos erróneos. (Hansen, 2020) (3.2)

La gran mayoría de posturas mantienen que sí que podemos hablar de categorías de falacias, o al menos son una taxonomía mínimamente útil, pero admiten que es mejor tratarlas como argumentos falaces que cómo falacias.

La lógica informal hace esto al igual que la postura pragmática de Walton, pero nos encontramos que, al aceptar las categorías de falacias de vuelta, el problema de la *Subjetividad* sigue yacente. Como ya hemos dicho, la lógica informal sustituye la *semblanza* por una condición de *frecuencia*. (Ibid 3.6) Si un error se comete muchas veces será porque es difícil detectarlo, pero tampoco hay un estudio que determine qué errores se cometen más en argumentación.

Por el otro lado, la postura pragmática mantiene la condición de *semblanza*, pero se sostiene gracias al marco dialéctico. En un contexto de diálogos orientados a objetivos es más simple determinar actos que hagan peligrar el objetivo. Walton tiene en cuenta las falacias lógicas, pero las relega a un segundo plano como *sofismas* frente a los *paralogismos*, que son tipos de argumentos conocidos como esquemas argumentativos que sufren de algún tipo de error falaz. (Ibid 3.6)

La postura pragmadialéctica depende completamente del contexto dialéctico para determinar que algo sea una falacia que, aunque sufra del posible error de comprender más cosas de las que se esperaría de la definición, no sufre un problema de subjetividad como tal.

El último problema al que debemos hacer frente es más una respuesta al resto de posturas que a la definición estándar. Siegel y Biro hacen una aproximación epistémica de las falacias que contrasta con las posturas dialécticas. Según ellos, el objetivo principal de los argumentos es hacer de puente entre verdades conocidas o creencias justificadas hacia verdades todavía no conocidas o creencias no justificadas. (Ibid 3.5)

El objetivo principal de la posición dialéctica también es, en última instancia, desvelar verdades no conocidas, pero sufre de dos obstáculos que la postura epistémica ve con malos ojos. El primero es las bases de las premisas. La postura epistémica requiere

una fundamentación para todas las premisas que se dan mientras que la postura dialéctica tan solo necesita dos opiniones opuestas para comenzar su análisis. Estas opiniones luego necesitarán de premisas que buscarán tener una cierta validez, pero lo importante de ellas es que ambos interlocutores estén dispuestos a aceptarlas, no que sean ciertas o estén justificadas. Al final, la verdad que esperan encontrar los dialécticos resulta de la esperanza que tienen en su método: enfrentar a dos opiniones de forma racional otorgará una respuesta más cercana a la verdad. Al menos en teoría.

Pero un problema todavía más preocupante de la postura dialéctica es su falta de capacidad de evaluar argumentos sin necesidad de una postura opuesta.

Pongamos un ejemplo en base a lo ya discutido sobre el pensamiento crítico. Parte del pensamiento crítico es, efectivamente, poner en duda una posición, generalmente enfrentándola a otra. Incluso aunque se trate de un proceso racional y solo mental y ambas posiciones sean mantenidas por la misma persona, podríamos seguir diciendo que se está realizando un diálogo o un proceso dialéctico. Sin embargo, en el pensamiento crítico, al igual que es importante tener la capacidad de dudar justamente de una postura, también es importante juzgar cuándo hacerlo. No podemos dudar de toda postura que tengamos porque entonces caeríamos en el pensamiento negativo. Por tanto, debemos ser capaces de juzgar un razonamiento cómo correcto incluso cuando no le estemos haciendo una examinación dialéctica. Esta aserción no tiene por qué ser perfecta, pero debería ser capaz de regirse por alguna clase de criterio evaluativo.

Si reducimos las falacias tan solo a contextos de diálogo estaríamos cortando a la mitad el potencial que tienen como herramienta auxiliar para el pensamiento crítico. Como tal, creo que deberíamos tener en cuenta el problema ‘dialéctico’.

2.3 Lista de problemas prácticos de las falacias en el pensamiento crítico

David Hitchcock escribió un artículo en el que expresaba su desaprobación frente al estudio de las falacias en cursos de universidad centrados en la teoría argumentativa. Aunque con el tiempo haya relajado su postura, el artículo: “*Do the Fallacies Have a Place in the Teaching of Reasoning Skills or Critical Thinking?*” Nos da una interesante lista de problemas a tener en cuenta.

En una primera parte del artículo, Hitchcock analiza los argumentos a favor de enseñar teoría de falacias y los encuentra muy débiles. En primer lugar, considera que la base empírica a favor de las falacias es muy insuficiente. “¿Ocurren verdaderamente las falacias?”, “¿Si sí que ocurren, lo hacen de forma lo suficientemente común como para justificar su estudio?” Y “¿Si todo lo anterior es cierto, son las falacias una clara representación de los problemas frecuentes? ¿O algunas falacias ocurren mucho y otras casi nada, mientras que hay errores comunes que no entran dentro de la categoría de falacias?”

Aunque podemos responder a algunas o todas estas preguntas alejándonos de la definición estándar de falacias y centrándonos en una aproximación moderna a ellas, esta respuesta resulta un tanto insatisfactoria. No solo no hay motivo por el cual escoger una u otra aproximación, sino que tampoco hay ninguna aproximación que parezca resolver todos los problemas teóricos satisfactoriamente. Incluso la postura dialéctica que es capaz de resolver las preguntas que le impone Hitchcock, sufre por el problema ‘Dialéctico’.

Consideramos pues nuestro primer obstáculo que es la *falta de coherencia teórica* en el estudio de las falacias.

Su segundo apunte sobre los argumentos a favor del estudio de la teoría de falacias lo menciona muy de pasada y es algo que ya hemos mencionado previamente. *La analogía del tenis* en la cual compara la enseñanza de las falacias para aprender sobre teoría argumentativa con enseñar a alguien a jugar al tenis enumerando y nombrando todos los errores que uno puede cometer. Ya hemos mencionado nuestras dudas al respecto de esta comparación, pero no vamos a dar nuestra respuesta todavía.

Tras esto pasa a presentar sus argumentos en contra de enseñar teoría de falacias y los enumera.

Es difícil hacer una *identificación* correcta de qué es una falacia y qué no lo es. Esto tiene que ver con el problema teórico de ‘subjetividad’ y de cómo se concede que es más fácil hablar de argumentos falaces que de falacias. Para determinar esa “falaceidad” hacen falta criterios evaluativos más complejos como la relevancia de la lógica informal en argumentos ‘*Ad Verecundiam*’ o la seriedad epistémica de las premisas en ‘falacias circulares’. En conclusión, es más fácil enseñar estos sistemas de evaluación que la taxonomía de las falacias.

No es necesario conocer las etiquetas de falacias para realizar buen razonamiento o buenas argumentaciones y en general suelen resultar en una *complicación dialéctica*. Se refiere concretamente a esas situaciones en las que alguien utiliza un término de las falacias tal que ‘*Post hoc ergo propter hoc*’ o ‘*Ad Verecundiam*’ e inmediatamente se ve obligado a explicar qué significa. Especialmente cuando se acusa a un argumento de ser una falacia, dado que eso no es algo fácilmente identificable como hemos visto en el anterior punto, esto puede llevar a mover la discusión del principal tema a minucias terminológicas. Esto es un flagrante error desde un punto de vista dialéctico.

El pensamiento crítico no debe recaer en un *pensamiento negativo* y las falacias son inherentemente negativas. Resaltan los errores argumentativos sin dar ninguna herramienta para evaluar buenos argumentos. Alguien que base todo su conocimiento argumentativo o racional en falacias solo verá errores y los verá en todas partes (Hitchcock, Do the Fallacies Have a Place in the teaching of Reasoning Skills or Critical Thinking, 1995).

Aprender sobre buenos métodos de argumentación te permite resaltar errores cuando los haya hasta cierto punto, por el contrario, aprender sobre los tipos de falacias no ayuda en la *construcción* de los argumentos ni en ser capaz de apreciar sus méritos.

Para acabar esta lista echamos la vista atrás al final del primer capítulo de este trabajo y a la crítica de John Woods hacia el estudio práctico de las falacias. No existe *evidencia empírica* sobre el hecho de que el estudio de las falacias ayude a reconocerlas cuando se dan en argumentación ajena o propia o a evaluar argumentos. Además, tampoco queda claro cómo detectar esta evidencia necesaria para fundamentar su estudio.

Capítulo 3

3.1 La propuesta teórica de John Woods

Ya hemos hablado de la propuesta multilógica de Woods en el capítulo previo y su crítica a la supuesta importancia de las falacias al final del primer capítulo. Nos interesa aquí de nuevo para darle una solución al problema de la falta de coherencia teórica planteado anteriormente.

¿Por qué esta propuesta? No hay mucho motivo por el cuál esta propuesta debería ser escogida frente a otras en lo que respecta a nuestro trabajo. Al menos, no a simple vista. No es la más extendida ni la que mejor hace frente a los problemas teóricos de definición estándar, pero sí que es la que J. Anthony Blair escoge para su artículo “*The place of teaching informal fallacies in teaching reasoning skills or critical thinking*”. Artículo que no solo guarda un título muy similar al de este mismo trabajo, sino que es uno de los pocos que tratan el tema de forma directa. Por si fuera poco, uno podría argumentar que también es la supuesta propuesta con la que está trabajando Hitchcock en su artículo “*Do the fallacies have a place in the teaching of reasoning skill or critical thinking?*” como podemos ver cuando se refiere a las falacias como “*common mistakes in reasoning that often deceive both those who commit them and those to whom arguments are directed*” (Hitchcock, *Do the Fallacies Have a Place in the teaching of Reasoning Skills or Critical Thinking*, 1995). Ignorando la segunda parte de la frase que uno puede aceptar más o menos, la primera parte de “errores comunes en el razonamiento” es el claro ejemplo de falacias entendidas bajo la perspectiva de Woods y Walton.

Aparte de esto, siendo “esto” el hecho de que los dos artículos que tratan expresamente el tema de este trabajo se basan en esta postura para sus conclusiones, la aproximación multilógica tiene dos grandes beneficios. El primero es que trata cada falacia de forma aislada, utilizando un sistema de lógica o evaluación acorde a las necesidades de la falacia en concreto que está tratando. Básicamente, está juntando el resto de aproximaciones y utilizándolas cuando sean más convenientes. El segundo es

que es la única aproximación moderna que permite evaluar las falacias como problemas racionales, no solo argumentativos.

Volvamos a Aristóteles para entender de forma sencilla la teoría de Woods. La definición estándar rompe con sus propios ejemplos por el problema de la *subjetividad*. En palabras de Woods: “*If a fallacy is a bad argument which appears not to be bad, then how is it possible to identify an argument as a fallacy or to give an example of a fallacy? For the example to work, the person for whom the example is intended must recognize that the argument is bad, but it must also be an argument whose badness is not apparent to him or her. So, on the face of it, to see something as a fallacy is to see it as bad and not to see it as bad. But this makes it impossible to recognize fallacies.*” (Woods, *The Death of Argument, Fallacies in Agent Based Reasoning*, 2004) Él llama a esto “*The Fallacy Dilemma*”. Los ejemplos de Aristóteles nunca fueron ejemplos de falacias difícilmente identificables. La invalidez o incorrección de los argumentos es fácilmente reconocible. Según Woods, decir que estos no son verdaderas falacias porque no se cometen o no parecen buenos argumentos está desencaminado. La importancia de estos es que claramente son malos argumentos, pero no sabemos el por qué. Nuestra mente nos dice que son incorrectos, pero a su vez es incapaz de reconocer fácilmente en qué fallan exactamente, mostrando así un punto en el que nuestro razonamiento es débil.

Mientras que el resto de teorías modernas consideran que el error de las falacias se da en la argumentación, la teoría de Woods cree que el error está en el razonamiento. De esta forma, mientras unos entienden que los ejemplos típicos de falacias son malos dado que su error es obvio a simple vista y nadie los cometería en una discusión real, Woods considera que esos son los verdaderos ejemplos porque incluso en ellos la razón falla al no saber decirnos por qué son errores, el error se está cometiendo constantemente.

Para Woods, cada falacia está relacionada con un tipo de habilidad del razonamiento que llevada a un extremo causa errores. ‘*Post hoc, ergo propter hoc*’ es un fallo de nuestra capacidad de hacer inferencias causales, una habilidad necesaria en nuestra supervivencia. Así hace pues con el resto de falacias típicas. Aunque agrupe ciertas falacias en errores de una misma habilidad racional, las sigue tratando en su forma original sin intención de hacer una taxonomía completa y desarrollada. Según él no se pueden, ni hay motivo para, establecer todos los errores en el razonamiento.

La importancia de las falacias deriva de las habilidades racionales y necesarias para la supervivencia a las que van ligadas y de su uso frecuente. Las falacias son por tanto el *resultado* de un error racional y lo que debemos analizar es el propio error.

3.2 La teoría Multi-Lógica aplicada al Pensamiento Crítico

El pensamiento crítico ocupa tanto habilidades racionales como habilidades argumentativas. Si uno limita la importancia de las falacias a una habilidad auxiliar argumentativa, estaría perdiendo una capacidad evaluativa que podría ser de ayuda en ciertas situaciones.

En última instancia esto es lo que buscamos, maximizar el potencial que puede llegar a tener el estudio de las falacias como beneficio para el pensamiento crítico mientras reducimos al mínimo sus efectos perjudiciales.

Como tal, nuestra búsqueda de una coherencia teórica es solo importante mientras su falta cause problemas en la capacidad del pensamiento crítico o sea demasiado reducida como para que no considere casos en los que su conocimiento sí sea útil.

La gran virtud de la teoría de Woods es que analiza cada tipo conocido de falacia sin necesidad de cambiar las taxonomías ya existentes. No hace falta hacer un desarrollo de las falacias tipo ‘premisa problemática’ o del conjunto de falacias que fallan en la ‘aceptabilidad’, sino que parte del ya conocido concepto ‘falacia circular’ o ‘petición de principio’ y de ahí le ofrece un análisis que se beneficie del tipo de fallo racional.

Woods y Walton argumentan a favor de un tipo de análisis formal con el que construyen sus numerosos análisis de diferentes falacias, pero tienen en cuenta las limitaciones de cada sistema y se apoyan en el resto si es necesario.

En mi opinión, no importa qué clase de análisis teórico se utilice a la hora de analizar argumentos o razonamientos falaces o posiblemente falaces. Lo importante es ser capaz de reconocer posibles instancias de falacias y tener un marco teórico con el cual poder asimilarlo y evaluarlo justamente. En vez de tomar por completo la teoría multi-lógica, a nosotros nos interesa la forma que tiene de aproximarse a las falacias. Es decir, nos interesa su interés específico en cada falacia y sus pocas limitaciones a la hora de evaluar instancias en las que podrían ocurrir falacias.

A lo que me refiero con el “interés específico en cada falacia” es al hecho de que, en vez de partir de las reglas de buena argumentación o razonamiento, la teoría de Woods parte directamente de los ejemplos de tipos de falacias ya conocidos y a ellos les aplica las reglas de buena argumentación para poder evaluarlos. A diferencia de otros sistemas en los que las falacias son tan solo el nombre que se le da al incumplimiento de reglas y/o condiciones, en la aproximación de Woods se parte de las falacias para luego asumir las condiciones positivas, dándole prioridad a los errores por encima de las virtudes.

Desde un punto de vista teórico esto no es la mejor opción y muchos otros autores han criticado la postura de Woods y Walton por ello (Woods, *The Death of Argument, Fallacies in Agent Based Reasoning*, 2004) (p171), pero a nivel práctico es mucho más probable que nosotros veamos un error en la argumentación y de ello intentemos corregirlo que pretender construir los argumentos teniendo en cuenta todas las condiciones positivas de su creación. Pero esto nos puede llevar al pensamiento negativo que se criticaba del pensamiento crítico. Y según nuestras máximas, debemos minimizar esa posibilidad en la medida en que nos sea posible.

Es por esto por lo que tan importante como la capacidad de identificación es la capacidad de evaluación que nos ofrecen el resto de teorías en las que se apoya Woods. Pienso que la necesidad de utilizar el marco teórico perfecto, no solo para todas las falacias, sino incluso para una sola falacia, está sobreestimada. Podemos imaginar que no todas las personas entienden mejor la ‘falacia circular’ a través de la aproximación epistémica que a través de la teoría de juegos dialéctica. Sin embargo, ciertas personas sí que lo entenderán mejor así, habrá otras que no hayan oído sobre una u otra y se vean forzados a entender este fallo en función de aquella teoría que conocen, y habrá aquellos que no conozcan ninguna de estas y la analicen a través de la lógica formal. Lo importante no es cuál de estos marcos utilicen, lo importante es que posean alguno de ellos, esto es que conozcan alguna aproximación que les permita evaluar los supuestos errores de una forma más objetiva que una supuesta similitud a un ejemplo de falacia.

En ese sentido nos separamos de la aproximación de Woods en tanto que no apuntamos hacia la necesidad de un formalismo que en última instancia puede ser un obstáculo para la facilidad de evaluación.

El otro tema que ya hemos tocado anteriormente es el de la capacidad de identificar falacias dentro del razonamiento lo cual va ligado a lo que acabamos de decir. Si uno comete lo que él cree que es una falacia en el razonamiento, pero automáticamente lo rechaza porque “no es un argumento” o “no se ha producido un diálogo”, perdemos la oportunidad de analizarlo bajo un marco teórico ya existente como es la teoría de falacias.

El paralelismo que traza Woods entre las falacias y el error en el razonamiento que las comete nos permite de forma teórica evaluar un pensamiento sobre la base de que podría haberse tornado en un argumento, y su incorrección en el pensamiento lo llevaría a ser un argumento falaz. Uno puede darse cuenta de que la conclusión a la que ha llegado intuitivamente puede tratarse de un error y a pesar de no haber llegado a ser un argumento en ningún momento, evaluarlo como uno, dado que no hay forma de evaluar los razonamientos que no tengan la forma de un argumento.

Estamos asumiendo aquí que el razonamiento y la argumentación no son lo mismo, pero están estrechamente ligados, lo que parece ser la opinión general.

Como falla final de nuestra postura frente a la de Woods debo apuntar a la importancia de las falacias. Como ya hemos dicho, no existen datos empíricos que prueben que el estudio de las falacias amplíe nuestra capacidad de distinguir falacias y por tanto el interés que ve Woods en su estudio es puramente teórico. La importancia reside en cómo muestran fallos comunes en habilidades racionales necesarias para la supervivencia.

Bien, pues lo cierto es que este trabajo parte de la premisa de que, de hecho, el estudio de las falacias, si está bien enfocado —esto lo veremos más adelante—, sí que mejora la capacidad de detectar y evaluar falacias. Por esto, en vez de centrarnos en cómo las habilidades racionales son necesarias para la supervivencia y, por tanto, nos constituyen como seres humanos, nos centramos en que las habilidades racionales son necesarias para expandir el pensamiento crítico del que depende nuestra constitución como sujetos cívicos dentro de la democracia.

3.3 Discusión sobre las etiquetas de las falacias.

Las falacias son errores tipo. Como criticaba Hitchcock, uno no puede enseñar a alguien a jugar al tenis sin cometer errores mostrándole esos errores en acción y haciendo

que sea capaz de etiquetarlos y nombrarlos. Sin embargo, no se puede negar que ser capaz de reconocer los errores, ya sea los que uno mismo comete para poder arreglarlos o los que comete el contrario para poder aprovecharse de ellos, es una parte importante de mejorar en el tenis.

Lo importante de esta crítica no es la fijación en los errores, sino la fijación en etiquetar estos errores. Esto es, en última instancia, en lo que ha consistido la historia del estudio de las falacias partiendo desde Aristóteles. Ha habido grandes y elaboradas discusiones sobre cómo se deberían clasificar las falacias, qué sistema utilizar, cuáles aceptar como falacias y cuáles como no. Pero como hemos visto no solo históricamente la teoría de falacias ha sido caótica, sino que la teoría moderna lo sigue siendo.

Otra de las críticas de Hitchcock también vuelve a ser relevante en este tema. La crítica de la ‘Complicación’ pone de manifiesto cómo el vocabulario utilizado comúnmente para referirse a las falacias acaba resultando perjudicial para una conversación cuando se utiliza. En muchas ocasiones, dado que una gran cantidad de la población no está familiarizada con este vocabulario, quien lo utilice se verá obligado a explicar su significado. Y mucho peor es aquél que lo utiliza para acusar a un argumento ajeno de ser un tipo x de falacia porque, dado que la clasificación de las falacias no es algo fijado y delimitado, la conversación se desviará de su tema principal a una discusión sobre si el argumento y es o no una falacia de tipo x . A esto no ayuda el hecho de que el vocabulario es arcaico, prácticamente arbitrario y en muchas ocasiones confuso. La falacia de las ‘Múltiples Preguntas’ se llama así porque Aristóteles consideraba que en una sola pregunta se estaban incluyendo varias —“¿Has pegado a tu perro con anterioridad?” y “¿Has dejado de pegar a tu perro?”—, la ‘Falacia de Accidente’ —“tu perro es tuyo, tu perro es padre, por tanto, tu perro es tu padre”— también debe su nombre a que Aristóteles la distinguía porque mezclaba una característica esencial con una característica accidental. Durante este trabajo he usado en numerosas ocasiones el término ‘falacia circular’ o ‘argumento circular’ en vez de ‘petición de principio’ o ‘*begging the question*’ dado que resulta mucho más intuitivo.

Esto nos hace preguntarnos si deberíamos cambiar las etiquetas con las que nos referimos a las falacias o incluso dejar de utilizar etiquetas completamente. La primera opción puede resultar tentadora. Hacer una lista modernizada de todas las falacias con términos más indicativos del supuesto fallo ahorraría cierta complicación a la hora de

utilizarlos en lenguaje coloquial. Algunas falacias ya tienen estos términos modernizados. La falacia de las ‘Múltiples Preguntas’ a veces se la denomina como ‘Pregunta Compleja’, aunque tampoco este parece un término muy indicativo del problema como tal. El problema es que estamos obviando cómo funciona verdaderamente el lenguaje. Con la cantidad de escritos que utilizan la antigua terminología y el poco uso popular que se le da a las etiquetas de falacias, hacer un cambio sustancial en qué palabras utilizamos para referirnos a ellas requeriría alguna clase de milagro.

Por otro lado, la idea de dejar de usar etiquetas tiene ciertas ventajas. Es más fácil —y suena menos pedante— decir que una persona no es ningún experto en la materia sobre la que expresa su opinión y por tanto esa opinión no se debería tener en cuenta, que decir que se está cometiendo una falacia ‘*Ad Verecundiam*’ para luego tener que explicar de qué se trata esa falacia y por qué se aplica en este caso.

Sin embargo, hay que tener en cuenta ciertas cosas. A veces ser convincente es lo único que nos importa, en esos casos, esa aura de academicismo de las etiquetas de falacias nos puede ayudar a dar por zanjado un tema que consideras que no merece más discusión. En mi opinión este es un uso demasiado contencioso para nuestro objetivo de bien democrático, pero me parecía importante mencionarlo porque es, indudablemente, uno de los grandes beneficios de las etiquetas.

Por otro lado, J. Anthony Blair argumenta que las etiquetas de las falacias son precisamente lo que las hace atractivas y fáciles de aprender para un estudiante y eso debería ser aprovechado. Incluso va un paso más allá y argumenta que los nombres de las falacias como tal, al ser tan extraños e impactantes sirven como reglas mnemotécnicas pues en general sí que son mínimamente indicativos de las falacias que representan. Por mi parte puedo afirmar que esto es en parte cierto porque me aprendí la falacia ‘*Ad Baculum*’, que consiste en intimidar a alguien para que te dé la razón, como “la falacia de garrote”. Pero incluso aun así debemos preguntarnos para qué sirve eso. No hace falta que alguien me diga que intimidar no es una buena táctica dialéctica y, a no ser que pretenda hacer ese uso contencioso del que hemos hablado antes, no veo ninguna situación en la que me sea útil saber cómo se llama cierto error. Claramente es útil a la hora de hablar teóricamente de ello, pero si, cómo parece ser el caso, nunca se encontrará una solución que complazca a todo el mundo sobre la cuestión de las falacias... ¿No estaríamos mejor deshaciéndonos de ellas completamente?

3.4 De Conocimiento Teórico a Conocimiento Práctico

Volvamos un momento a la posición de Robert H. Ennis sobre la posición que ocupan las falacias en el pensamiento crítico. En su lista hablaba del pensamiento crítico como una habilidad auxiliar y sobre ella decía que teníamos que “utilizar y reaccionar a las etiquetas de las falacias de una manera adecuada”. Esto resulta un tanto confuso. Primero de todo, la habilidad de identificar falacias no se indica explícitamente a pesar de ser la habilidad que más comúnmente se le atribuye al conocimiento de las falacias. Por otro lado, sí que indica claramente el “uso” de las etiquetas de falacias, que como hemos dicho el único uso que éstas parecen tener fuera de la teoría es uno contencioso. Por último, cita la habilidad de “reaccionar adecuadamente” a las etiquetas, pero no explica en qué consiste esto.

Lo que sí que especifica son los contextos, en mi opinión limitados, en los que se pueden utilizar estas habilidades: “discusión y presentación (oral y escrito)”. Esto deja fuera a los contextos racionales y, de hecho, parece indicar una visión de las falacias como algo exclusivamente dialéctico.

La falta de una clara explicación de para qué sirven las falacias pone de manifiesto lo poco que se ha intentado establecer una conexión entre el conocimiento de las falacias y desarrollar las habilidades para las que se supone que sirven.

Gilbert Ryle, en su artículo “*Knowing How and Knowing That*” separa el conocimiento proposicional del saber práctico. No es lo mismo conocer las instrucciones de cómo se prepara un plato que saber prepararlo. Ryle establece que no podemos reducir el conocimiento o la enseñanza a una lista de proposiciones o de verdades conocidas. Según sus propios ejemplos, un jugador de ajedrez puede haber memorizado los principios del ajedrez, pero no por ello saber aplicarlos. Incluso aunque conociese instrucciones de cómo aplicarlos, eso no significa que los acabará aplicando. Un maestro del jugador conoce los principios, pero no los piensa mientras juega, sino que ha aprendido a utilizarlos instintivamente.

Según él, aprender conocimientos proposicionales es tan fácil como memorizarlos, pero para aprender las habilidades que éstas conllevan hace falta disciplina. En este caso, no se refiere a la disciplina de condicionamiento mecánico que permite a una foca de circo a hacer trucos complejos o a un soldado raso a marchar en

formación, sino a la enseñanza inteligente como la que necesita el soldado para aprender a leer un mapa. *“Unlike the seal he becomes a judge of his own performance—he learns what mistakes are and how to avoid or correct them. He learns how to teach himself and so to better his instructions. He acquires not a habit but a skill.”* (Ryle, 1945-1946)

Hay muchas tareas en las que podríamos hacer una clasificación de los errores que se podrían cometer. El ajedrez es un ejemplo de una tarea que requiere de habilidades y conocimientos muy concretos y en la que aprender de los errores ajenos y propios es necesario para mejorar. Es muy fácil determinar qué es un error en el ajedrez. Cuando pierdes no se debe a la suerte o a factores externos, se debe a que en algún momento has cometido alguna clase de error. Y todos los jugadores, incluso los mejores, pierden. La única forma que uno tiene de mejorar en el ajedrez una vez ha aprendido los principios básicos, las aperturas y finales importantes es jugar y aprender de los errores.

Esto podría ser aplicado a otras tareas en las que, a diferencia del ajedrez, no hay toneladas de libros escritos sobre los errores que han cometido otras personas en el pasado. Nos encontramos, sin embargo, que hay muy pocas tareas en las que la teoría de los errores esté tan desarrollada como la teoría de falacias. A pesar de este desarrollo, la teoría de falacias sigue sin explicar exactamente qué hacer frente a estos errores. En el ajedrez uno podría decir: “en situaciones como estas no hagas este movimiento porque pierdes material” y a niveles más altos de juego directamente pasa a ser “en esta situación exacta no hagas este movimiento porque si el otro jugador juega perfectamente perderás”, pero en toda la teoría de falacias no hay descrita una forma de reaccionar contra ellas.

Esta falta de conocimientos prácticos es un problema grave a la hora de encontrar un puente entre la teoría de las falacias y su aplicación. No es solo que aprenderse una lista de proposiciones sobre cómo debe aplicarse la teoría de falacias en la práctica no es suficiente para aprender a aplicarla, es que esta lista ni siquiera existe. Si lo pensamos, esto daría una explicación a la falta de evidencia empírica que criticaba Woods sobre cómo aprender teoría de falacias te hace mejor identificándolas. Es imposible que un estudiante al que le dan una lista de qué son las falacias sepa aplicarlas correctamente. No solo porque le falta entrenamiento práctico, sino porque tampoco tiene una explicación de cómo usar esa teoría.

Esto nos deja a nosotros dos trabajos. El primero es dar una explicación de por qué es necesaria la teoría de falacias mientras otras tareas se reducen a explicar los principios que se deben seguir y dejan los problemas a ser descubiertos por aplicación. El segundo es corregir esta distancia que hay entre la teoría y la práctica, o al menos ayudar a reducirlo, teorizando sobre qué habilidades se pueden desarrollar gracias a la teoría de falacias.

Como dice Ryle, cuando razonamos, o cuando argumentamos, no pensamos en las reglas que rigen estas tareas, sino que las aplicamos instintivamente. Sin embargo, siguiendo las disposiciones del pensamiento crítico que lista Ennis, debemos evaluar retroactivamente estas tareas en la medida que sea requerida por su contexto. Esto significa que en ciertos casos es necesario evaluar nuestros propios pensamientos y corregirlos cuando sea necesario. Para ello, se haría uso directamente de un conocimiento teórico que se aplica no solo de forma instintiva, sino racional y activa. Pero en muchos casos nos encontraremos que no estamos pensando en la regla que debemos seguir cuando evaluamos cualquier acción, sino en el error que no debemos cometer.

Por ejemplo, pongamos que estamos leyendo una noticia en un periódico, un contexto que puede ser importante para el ciudadano democrático dependiendo de la noticia, y resulta que la noticia se alinea con nuestro pensamiento político. El buen pensador crítico no creerá la noticia directamente a pesar de que ese sea su primer instinto porque sigue las disposiciones correctas, pero eso lo hace instintivamente, una vez ha determinado que debe considerarlo de forma más detenida, se da cuenta de que estaba cayendo en el ‘sesgo de confirmación’, porque estaba admitiendo argumentos fácilmente solo porque le confirman su visión del mundo. Un pensador crítico no puede ser enseñado a aprender críticamente por puro condicionamiento como la foca de circo. Sabe que debe cuestionarse las cosas más detenidamente porque es conocedor de la existencia del ‘sesgo de confirmación’. En este caso, su conocimiento sobre sesgos no solo le permite aprender de forma inteligente las disposiciones del pensamiento crítico, también le ayudan a identificar el problema que estaba cometiendo.

Según la teoría de falacias que estábamos siguiendo, siendo esta la teoría de Woods sin el apremio por un análisis formal, las falacias y los sesgos son algo muy similar. Hitchcock, que reduce esta teoría a definir las falacias como “errores frecuentes en el razonamiento”, las agrupa en una misma lista en búsqueda evidencia empírica sobre

el uso de las falacias de forma común (Hitchcock, *On Reasoning and Argument, Essays in Informal Logic and on Critical Thinking*, 2017) (p426). Para Woods, los sesgos no son errores en el razonamiento y no deberían tenerse en cuenta, pero no pretendemos entrar en este tema más de lo necesario. Para nuestros objetivos, el conocimiento sobre sesgos es aplicado a errores en el razonamiento al igual que podemos esperar que se haga de la misma manera con las falacias.

Lo importante es que aplicamos las disposiciones y habilidades positivas de forma instintiva, pero cuando razonamos de forma activa estamos más inclinados a comparar el acto con un error tipo que a comprobar todas las condiciones para que el acto sea correcto. Cuando evaluamos un acto, en el momento en el que descubrimos un error ya sabemos cómo empezar a analizarlo, mientras que cuando descubrimos que una parte del acto es correcta, todavía tenemos que analizar el resto de las partes para asegurarnos de que el acto esté bien. No creo que esté diciendo aquí ninguna opinión controvertida, pero esto es precisamente el cómo y el porqué de la teoría de Woods. Parte de los posibles errores y luego los evalúa en vez de evaluar el acto para sacar errores. Analizar las condiciones positivas de un acto es demasiado lento y nunca podemos estar seguros de haber considerado todas por lo que tiene sentido que a la hora de aplicar la teoría busquemos antes errores que aciertos.

Con esto en mente, tendría sentido que todos los actos tuviesen una extensa teoría de los errores que se pueden cometer, pero este no es el caso. Esto es sencillamente porque en otros actos es muy sencillo detectar que se han cometido errores. Si pierdes un partido de tenis se puede asumir que es porque has cometido errores, si cocinas y la comida sabe mal será porque has cometido algún error, si suspendes un examen se deberá a algún error. El punto común aquí es que hay alguna clase de resultado del cuál se puede inferir que se han cometido errores en pasos previos. Sin embargo, uno puede razonar erróneamente toda su vida sin darse cuenta en ningún momento de que lo ha hecho, es más, probablemente todos lo hagamos. Por supuesto, esto provocará alguna clase de problema, pero este puede ser atribuido a muchos otros factores o ni siquiera afectar a la persona que los ha cometido. Imaginemos al pensador conspiranoico que no cree en la teoría de la evolución sintética, no le tiene por qué surgir ningún problema de su visión del mundo, al menos mientras no lo exprese abiertamente. Tampoco esto significa que rebatirle o enseñarle errores en su razonamiento vaya necesariamente a hacerle corregir estos errores. El jugador de tenis no tiene por qué querer mejorar y puede no corregir los

errores que comete. Pero, mientras en el tenis no hay más consecuencia que eso, el pensamiento crítico es una parte necesaria de la democracia y debemos hacer todo lo que se pueda por corregir los errores que la gente comete en el razonamiento.

Llevamos mucho escrito ya sin dejar clara cuál es nuestra tesis. Podemos resumirla en esto: en el razonamiento no es fácil identificar si se están cometiendo errores o no, pero identificarlos es una parte vital de los objetivos de la democracia. La teoría de falacias ofrece el método más práctico de solucionar este problema, pero no el más teóricamente consistente pues los fallos son, tanto en esta como en todas las demás tareas, un elemento práctico porque son identificados sin necesidad de una teoría, son lo primero que alguien puede reconocer, pero pueden provenir de factores completamente diferentes. Las falacias son precisamente errores, o razonamientos generalmente débiles como el '*Ad Hominem*', que se cometen por factores muy diferentes, pero que se materializan de una forma muy similar. A pesar de esto, la teoría de falacias ha pasado por alto que su valor sea en primer lugar práctico y no ha establecido una buena explicación de cómo debe utilizarse y, en su lugar, se ha centrado en tecnicismos teóricos.

Este último punto de nuestra tesis todavía requiere un poco de explicación. Alguno puede pensar que, al igual que con los sesgos, cómo utilizar la teoría de falacias debería ser algo intuitivo. Esto parece a mis ojos claramente falso. Por un lado, tenemos el tratamiento de falacias estándar que ha llevado al uso contencioso de las falacias como algo extendido. Por otro lado, tenemos las críticas del propio Hitchcock, que también parece estar considerado un tratamiento similar al estándar. Su 'analogía del tenis' cae en el mismo problema que su crítica de la 'construcción'. En ambas Hitchcock critica que las falacias no sirven para ayudar a la gente a construir falacias y para mí eso es un ejemplo de lo malinterpretado que está su rol en el pensamiento crítico.

El uso contencioso de las falacias supone que la teoría se puede utilizar para rebatir argumentos ajenos. Las críticas de Woods suponen que la teoría se puede utilizar para construir buenos argumentos o razonamientos. En mi opinión, ninguno de estos usos tiene ninguna ventaja en el contexto de la democracia y, sin embargo, la gente ha supuesto que así se puede utilizar la teoría de falacias. Mi conclusión es, por tanto, que *cómo* utilizar la teoría de falacias no es algo intuitivo y la teoría ha fallado al no dar explicaciones más claras de cómo, de hecho, se debería utilizar.

Este es, por cierto, el motivo por el que desde el principio hemos enmarcado el uso práctico de las falacias en el pensamiento crítico y éste en la democracia. Sin el contexto, no habría forma de argumentar a favor o en contra de qué uso se les ha de dar a las falacias. Pero con él, podemos circunscribir las habilidades que nos permiten desarrollar la teoría de falacias a aquellas que tengan interés crítico y práctico.

La posición en la que nos encontramos en el sistema de enseñanza es una en la que, en muchos casos, las falacias se dan como una lista, siendo las explicaciones de cada tipo de falacia muy reducidas. Esto significa que se producen muchas malinterpretaciones de qué son y para qué sirven las falacias produciendo algunos errores criticados por Hitchcock como el problema de la ‘Complicación Dialéctica’ o el ‘Pensamiento Negativo’.

En su artículo sobre pensamiento crítico y falacias, Blair propone varias formas en las que se pueden dar cursos de razonamiento y argumentación sin caer en esta versión simplificada. Los cursos pueden estar o no centrados en las falacias y en ningún caso se mencionarían todas las falacias de golpe, sino que se irían introducidas en el curso según resulten oportunas. A cada una de ellas se les concede suficiente tiempo y explicación y son acompañadas de reglas positivas de evaluación racional o argumentativa dado que las falacias son solo elementos auxiliares a estas. El objetivo de esto es que la comprensión de las falacias sea lo suficientemente precisa como para evitar los usos perjudiciales de las falacias.

Por ejemplo, un estudiante que aprende que el ‘*Ad Verecundiam*’ es una falacia puede empezar a ver falacias por todos lados y tachar todos los argumentos de autoridad de ser falaces. Un estudiante que ha dedicado más tiempo a entender cómo y por qué el ‘*Ad Verecundiam*’ es una falacia será más cauto a la hora de entender y tachar ciertos argumentos de ser falacias dado que: ser una falacia suele entenderse como un error grave y fatal mientras que este tipo de falacia es más una herida que perjudica, pero no invalida el argumento y, además, es capaz de considerar factores como la relevancia y aceptabilidad de las premisas y no solo depender de la similitud con la falacia tipo para determinar si se trata o no de un argumento falaz.

Dicho esto, creo que las explicaciones extensas y contextualizadas de las falacias no son suficientes como para resolver el problema de la distancia teórico-práctica que

existe en las falacias. Al menos, creo que un listado de qué habilidades se pueden desarrollar gracias a la teoría de falacias puede ser beneficioso en general.

No pretendo dar este listado de forma exhaustiva sino, más bien, reflexionar sobre las falacias. En mi opinión, la identificación, evaluación y reacción son las tres habilidades que parecen a simple vista más adecuadas para entender las falacias. Estas a su vez se pueden usar para razonamientos y argumentaciones.

La identificación de las argumentaciones es probablemente el uso que con más seguridad le podemos otorgar a las falacias. A pesar de que pueden ser entendidas como parte del razonamiento, siguen siendo mayoritariamente argumentos en su totalidad. Las falacias establecen ejemplos de errores o argumentos generalmente débiles y que un argumento se parezca mínimamente a uno de estos ejemplos puede despertar en nosotros la suficiente duda como para que lo evaluemos más detenidamente sin tener que pensar en todas las condiciones que constituyen un buen argumento. Sin embargo, debemos también añadir la habilidad de determinar en qué momento buscar estos fallos en los argumentos para no caer en constante pensamiento negativo. Más que una cuestión de sí o no, se trata de una cuestión de grado, en ciertas situaciones uno debería estar más atento a posibles falacias que en otras.

La identificación en el razonamiento es algo similar. Sin embargo, en vez de estar buscando argumentos ajenos, estamos identificando falacias en nuestro propio razonamiento. Incluso siguiendo la habilidad de determinar en qué momento buscar fallos argumentativos, uno puede encontrar fallos en casi todos los argumentos si eso es lo que está buscando. Sin embargo, hay muchos motivos para no hacer esto. Incluso ignorando la dialéctica, siguiendo los principios cooperativos de Grice, uno debe poner de su parte por intentar entender los argumentos ajenos. Esto es también una de las disposiciones del pensamiento crítico de Ennis —“8. a. Seriously consider other points of view”—. Más que criticar argumentos ajenos, en mi opinión es mucho más importante esforzarse por ser lo más optimista posible sobre ellos, intentar entenderlos y tras esto hacer crítica del razonamiento que uno mismo ha sido capaz de seguir. Esta identificación de falacias en el razonamiento también se puede aplicar a casos que no provienen de argumentos externos como muchos razonamientos propios que sencillamente salen instintivamente y, presumiblemente, pueden ser instancias de razonamientos falaces. Si tuviera que escoger una sola habilidad para ser desarrollada, ésta me parece la más importante.

Sobre las habilidades de evaluación de las falacias poco se puede decir. Como hemos ido viendo la teoría de falacias no explicita por qué un argumento es bueno o no, y cuando lo hace suele ser de una forma pobre y reduccionista. La teoría de falacias es en, última instancia, una herramienta auxiliar que no sustituye la necesidad de una buena teoría de lógica o argumentación. Una vez una posible falacia ha sido detectada por las habilidades anteriormente mencionadas, uno tiene que hacer uso de otras teorías más cohesivas para determinar si se trata verdaderamente o no de una falacia y de cómo de grave es el error.

A la hora de reaccionar, el primer instinto es evitar la falacia que se iba a cometer —en el caso del razonamiento— y corregirla —en el caso de la argumentación ajena—. Esta parece ser la reacción correcta en la mayoría de los casos, pero sobre todo aquí más que nunca es donde más importa la habilidad secundaria de saber *cuándo* uno debe corregir falacias ajenas. En mi opinión, uno siempre debe evitar las que uno mismo va a cometer, pero en muy pocos casos debe corregir las que ha detectado en el resto de las personas. Si se corrigen, yo evitaría que se hiciese haciendo alusión directa a las etiquetas de falacias y me centraría en mencionar lo que se ha detectado en el paso de evaluación. Con esto me refiero a apuntar a los fallos que se están cometiendo, y no sencillamente decir: “eso es una falacia”.

Conclusión

¿Podemos decir que el estudio de las falacias es necesario para la vida en democracia? Probablemente no. Si es cierto que la educación en el pensamiento crítico es una parte importante de la democracia, no podemos decir que las falacias sean la mejor forma de enseñar este pensamiento. Sin embargo, ser capaces de criticar y analizar argumentos y razonamientos es una parte clave del pensamiento crítico y creo que las falacias pueden ayudar en estos aspectos más de lo que hasta ahora ha ocurrido.

La falta de coherencia teórica de las falacias es solo una consecuencia de su condición de errores en unos ámbitos —razonamiento y argumentación— en los que no hay una sola forma de hacer las cosas bien o un solo objetivo. Pero precisamente por eso reafirmo su valor práctico como herramienta auxiliar.

Su valor puede estar subestimado, pero también debemos estar alerta de que puede llevar a usos más perjudiciales que beneficiosos y su estudio tiene que hacerse con un cierto cuidado, cosa que no ha ocurrido en general. Debemos alejarnos del tratamiento estándar que todavía sigue existiendo en las clases de instituto y libros de texto y apoyar una enseñanza más adecuada y extensa, centrada en los usos que tiene esta teoría dentro del pensamiento crítico, y no asumiendo que el alumno lo intuirá por sí mismo.

Bibliografía

- Aristóteles. (1982). *Tratados de Lógica (Organón)*. (M. Candel Sanmartín, Trad.) Madrid: Gredos.
- Blair, J. A. (1995). The Place of teaching Informal Fallacies in Teaching Reasoning Skills and Critical Thinking. En H. V. Hansen, & R. C. Pinto, *Fallacies Classical and Contemporary Readings* (págs. 328-338). Pennsylvania: The Pennsylvania State Univeristy Press.
- Curtis, A. (Dirección). (2002). *El siglo del Individualismo* [Película].
- Ennis, R. H. (2011). *The Nature of Critical Thinking: An Outline of Critical Thinking Dispositions*. Illinois: University of Illinois.
- Ennis, R. H. (2015). Critical Thinking: A Streamlined Conception. En M. Davies, & R. Barnett, *The Palgrave Handbook of Critical Thinking in Higher Education* (págs. 31-47). New York: Palgrave Macmillan.
- Finocchiaro, M. A. (1981). Fallacies and the evaluation of reasoning. *American Philosophical Quarterly* 18, 13-22.
- Fisher, A. (2021). What critical thinking is. En J. A. Blair, *Studies in Critical Thinking* (Segunda ed., Vol. 8, págs. 7-26). Windsor: Windsor Studies in Argumentation.
- Grice, H. P. (1975). Logic and Conversation. En P. Cole, & J. L. Morgan, *Syntax and Semantics* (págs. 41-58). New York: Academic Press.
- Hamblin, C. L. (1970 [2004]). *Fallacies / C. L. Hamblin ; with a Preface by John Plecnik and John Hoaglung ; and a Current Bibliography by Michael F. Schmidt and Hans V. Hansen*. Newport: Vale Press.
- Hintikka, J. (1987). The fallacy of fallacies. *Argumentation* 1, 211-238.
- Hitchcock, D. (1995). Do the Fallacies Have a Place in the teaching of Reasoning Skills or Critical Thinking. En H. V. Hansen, & R. C. Pinto, *Fallacies Classical and Contemporary Readings* (págs. 319-327). Pennsylvania: The Pennsylvania State Univeristy Press.
- Hitchcock, D. (2007). Informal logic and the concept of argument. En D. Jacquette, *Philosophy of Logic* (págs. 101-129). Amsterdam: Elsevier.
- Hitchcock, D. (2017). *On Reasoning and Argument, Essays in Informal Logic and on Critical Thinking*. Ontario: Springer.
- Johnson, R. H. (1996 [2014]). *The Rise of Informal Logic* (Digital ed., Vol. 2). (V. V. Newport News, Ed.) University of Windsor: Windsor Studies in Argumentation.
- Massey, G. J. (1981). The Fallacy behind Fallacies. *Midwest Studies in Philosophy*, 6, 489-500.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (16 de Junio de 2022). *Diccionario de la lengua española*, 23.5. Obtenido de <https://dle.rae.es/falacia>

Ryle, G. (1945-1946). Knowing How and Knowing That: The Presidential Address. *Proceedings of the Aristotelian Society*, 46, 1-16.

Siegel, H. (1991). Educating Reason: Rationality, Critical Thinking, and Education. *Bulletin of Science Technology & Society*, 55-90.

Walton, D. N. (1995). *A Pragmatic Theory of Fallacy Studies in Rhetoric and Communication*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.

Walton, D. N. (1995). *A Pragmatic Theory of Fallacy*. London/Tuscaloosa: University Alabama Press.

Woods, J. (2004). *The Death of Argument, Fallacies in Agent Based Reasoning*. Dordrecht: Springer Science+Business Media.

Woods, J., & Hansen, H. V. (1997). Hintikka on Aristotle's Fallacies . *Synthese*, 217-239.